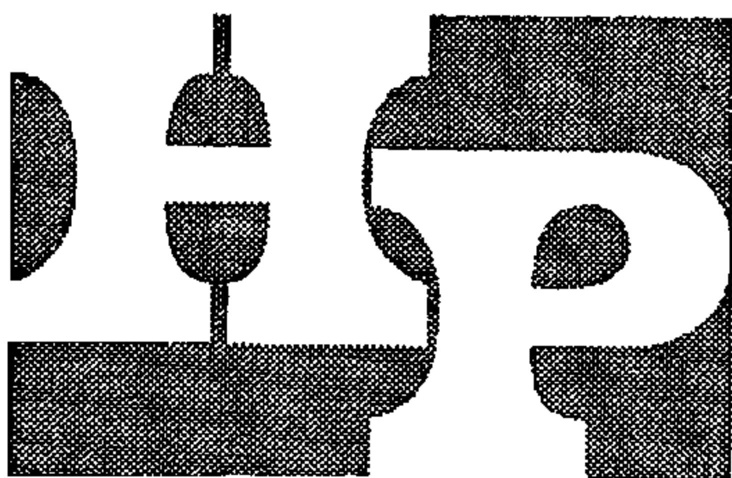
BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
Héroes de la
PRADERA

Keith Luger

EL VALLE DE LOS TRAMPOSOS





Héroes de la PRADERA



Keith Luger

EL VALLE DE LOS TRAMPOSOS

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 84
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal B 24.613 - 1971

Impreso España – Printed in Spain

2ª edición - agosto. 1971

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

La casa ardía por los cuatro costados y las, llamas se elevaban harta el cielo en medio de un penacho de humo negruzco que ocultaba a intervalos el sol.

Tony Lead se protegió el rostro del intenso calor con una mano y estimuló a su cabalgadura para rodear el edificio. Buscó la parte destinada al patio, donde el fuego no irradiaba tanto calor por impedirlo el viento del nordeste que soplaba de aquel lado.

Entonces llego claramente hasta sus oídos un débil gemido humano procedente de una de las ventanas. Por ella se escapaba un chorro de humo y Lead calculó que aquella persona estaría a punto de asarse como un ternero. Descabalgó prestamente y de un salto salvó la cerca de madera que rodeaba la propiedad. Se aproximó a la ventana, no sin experimentar una sensación de angustia cuando lo envolvió el cálido y pegajoso vaho que escupía la abertura. Se coló sin titubear y a pocos pasos tuvo que detenerse, porque un desplome de las vigas incendiadas le bloqueo el paso levantando un volcán de pavesas y carbones al rojo vivo.

Empezó a sudar por todos los poros, se cubrió otra vez la cara y, a través de los dedos, escrutó en medio de aquel infierno, tratando de descubrir al necesitado de ayuda.

Estaba cerca de él y aparecía envuelto entre los ardientes escombros. Lo agarró por un tobillo y tiró al tiempo que sentía una desesperada necesidad de salir. Hasta entonces no creyó que sería tan difícil, pero el peso del hombre y la sofocante atmósfera comenzaron a restarle energías. Sólo la idea de que podían asarse vivos le hizo sacar fuerzas de flaqueza y corrió hacia afuera arrastrando la carga.

El aire puro del exterior le llenó los pulmones y logró entre

jadeos poner a la víctima fuera del alcance del siniestro.

Apagó el fuego que empezaba a corroer las ropas del desconocido y le observo el rostro. El individuo tenía unos cuarenta años y su rostro estaba curtido por los elementos. El instinto le había hecho ocultar la cara entre los brazos y no presentaba quemaduras de importancia. No obstante, la espesa barba se le había tostado por un lado, lo que le prestaba una expresión torcida, como si se le hubiera roto el cuello.

Abrió los ojos a los pocos minutos y contempló con desconfianza a su salvador. Éste, Tony, era un joven de unos veintiocho artos, tez tostada por el sol y rasgos angulosos que denotaban energía Al ponerse en pie mostró que estaba cerca de los dos metros, equilibrados con una complexión atlética.

—¿Quién es usted? —dijo el que yacía en el suelo.

Me llamo Tony Lead Puede dar gracias al cielo que he pasado por estos lugares.

El hombre trato varias veces de hablar y tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para conseguirlo.

Soy Duke Fincher —dijo—. ¿Usted no es uno de ellos, verdad?

—¿Qué quiere decir?

—Hablaba de los que incendiaron la casa —se interrumpió con un gesto de dolor—. No, usted no es uno de ellos, en ese caso me hubiera dejado achicharrar. Los sesos se me han recalentado y no puedo razonar bien.

Tony se puso en pie y se tambaleó mientras miraba la enorme hoguera.

—¿Queda alguien dentro de la casa?

—Sí.

Fincher se incorporó sobre un codo.

—No se preocupe por ellos. Hace ya rato dejaron de sufrir. La última vez que los vi se retorcían con una bala en la barriga.

Guardaron silencio, porque en aquel momento un ala de la casa se vino abajó alcanzando la parte lateral de los corrales. Dos reses huyeron despavoridas por distintos caminos.

Tony se volvió hacia el hombre que yacía en el suelo y vio que hacia una mueca de dolor.

—¿Qué le pasa? —preguntó Tony.

Fincher se tocó el costado derecho.

—A mí me dieron también la ración.

De pronto dio media vuelta y, después de exhalar un gemido, quedo inmóvil.

Tony se agachó y lo estudió con detenimiento, comprobando que el pulso le funcionaba, Había pendido el conocimiento y respiraba débilmente Le rasgó la camisa chamuscada y descubrió un agujero redondo que apenas sangraba. Estaba un poco más arriba del corazón y el proyectil había respetado de milagro la vida del sujeto.

Tony fue hacia el caballo y extrajo del saco un vendaje y una botella de desinfectante Regresó al lado de Fincher y le taponó el agujero. Luego desató un caballo que pateaba en una esquina de la cerca y coloco, cruzado sobre el arzón, el cuerpo inmóvil de Fincher. Montó luego en su propio caballo y se dispuso a partir.

Pero interrumpió sus movimientos al escuchar el galope de unos caballos. Tres jinetes aparecieron por el otro lado de las ruinas y retuvieron sus cabalgaduras a pocos metros de Tony.

El jinete del medio apuntó con el dedo al joven y rió.

—¿Qué te dije yo, Spencer? Aquí tienes al buen samaritano.

El llamado Spencer, un tipo delgado de cara chupada, rió a su vez y sacó un «Winchester» de la funda del arzón.

—Pues éste tendrá su premio por buen chico. Ahora verás, Rudy.

—Ve con cuidado, Spencer —repuso Rudy—. Debido a tu mala puntería, aquel tipo que se escapó de aquí nos ha hecho perder diez minutos para cazarlo.

—Es que yo quería, arrancarle primero las dos orejas de un par de balazos.

Tony apoyó con cuidado la diestra en la canana, a pocos milímetros del «Colt».

—¿Quiénes son ustedes?

Las palabras del joven tuvieron la virtud de provocar un ataque de risa en los dos individuos. El tercero de los jinetes no había despegado los labios y en su cara patibularia había un gesto hosco.

—¿Qué te parece, Rudy? —dijo, riendo Spencer—. Al tipo le vamos a dar el pasaporte por entrometido y no se le ocurre otra cosa que preguntar quiénes sumos.

Spencer se secó una lágrima de hilaridad que le rodaba por la sucia y grasienta piel.

—Ha tenido gracia —concedió—. Pero se debe respetar la voluntad de los condenados Anda, díselo.

Entonces, el tipo del rostro pétreo intervino:

—Los dos vais a tener el pico cerrado.

—¿Qué te pasa, Humphrey? —dijo Spencer—. Siempre estás de mal talante.

No me gusta la cháchara cuando hay que cargarse a alguien. En este trabajo no pueden tomarse las cosas a risa, Y siempre que salgo con vosotros le estáis dando a la lengua como dos viejas.

—Eres un tipo amargado, Humphrey.

—Todo lo que quieras, Spencer, Pero si hemos de despachar a este fulano por meter las narices donde no le llaman, hazlo pronto.

Spencer sacudió la cabeza sin dejar de emitir su risita y contempló al tipo que iba a morir.

—¿Como le llamas, chico?

Tony Lead.

Spencer compuso una fea mueca.

—¿Qué hacías por aquí?

—Estoy de paso.

—Estás de paso —repitió Spencer—. ¿Adónde ibas?

—A Nuevo México.

—No has tenido suerte chico A veces es mejor hacer la vista gorda a las desgracias ajenas.

—Entiendo, Usted es de los que van por el mundo dando consejos. El suyo era que hubiera dejado achicharrarse a Duke Fincher.

—Eres listo chico. Pero has llegado tarde Fincher tenía que morir.

—¿Qué más, Spencer?

—Éste es el término de tu viaje, Tony.

Lead miró el agujero del rifle que empuñaba el tipo llamado Spencer.

—Después supongo que asesinarán a Fincher.

—Diste en el clavo. Le mandaremos al infierno detrás de ti.

Tony advirtió el desasosiego del que se llamaba Humphrey y trató de ganar tiempo.

—Yo no tendría estómago para disparar sobre un tipo que ésta sin sentido.

Spencer rió.

—Será mejor para él. No se dará ni cuenta.

Me gustaría saber una cosa.

—¿El qué, Tony?

Eso que le dio tanta risa.

La larga cara de Spencer se arrugó.

—¿Te refieres a quién nos manda en todo esto?

—Sí.

Como vas a tener la boca cerrada para siempre, te lo diré.

Humphrey estalló de nuevo en una imprecación.

—¡Condenación, basta ya! —Masculló al tiempo que sacaba el revólver de la funda ¡Si no lo haces tú, lo haré yo, Spencer!

—No le alteres, Humphrey.

El individuo de continua expresión hosca adelantó el caballo.

—¡Así te caigas muerto, Spencer! ¡En cuanto lleguemos a casa se lo contaré al patrón! ¡Y respecto a ese fulano vas a ver ahora mismo!

Desvió el revólver y lo apoyó en el arzón de la silla, apuntando al vientre de Tony.

—Un segundo, Humphrey —dijo Lead—. ¡Se trata de mi hijo!

Humphrey aflojó el índice sobre el gatillo y juntó las espesas cejas.

—¿Qué demonios dices?

—Tengo un chico allá en Nuevo México.

—Y yo una abuela en Iowa. ¿Qué quieres?

Tony señalo una caña de la bota derecha.

—Aquí llevo cuatrocientos dólares.

—¡Cuatro…! ¿Cómo?

Tony disimuló un respiro de alivio.

—He dicho que tengo cuatrocientos dólares en la bota.

Las pupilas de Humphrey brillaron un instante.

—Has hecho bien en decirlo.

—¿Lo ve, Humphrey? No se pierde nada escuchando.

—Al grano, sigue.

Tony se aclaró la garganta.

—Son todos mis ahorros. Ya que me van a despachar quisiera que mi hijo recuperara esto.

—De acuerdo. Los enviaremos a Nuevo México. Y ahora…

—¡Espere, Humph!

—¡Infiernos, escúpelo todo de una vez!

—No le he dado la dirección.

El individuo estuvo a punto de hacer luego, pero se mordió el labio interior y masculló:

—Dámela.

Tony se agachó tendiendo los dedos hacia la caña de la bota.

Pero continuó doblándose y de pronto cayó sobre la hierba donde dio varias vueltas sobres sí mismo.

Oyó las maldiciones entremezcladas con disparos y silbidos de bala junto a su cabera.

—¡Puerco bastardo…! —aulló Humphrey al mismo tiempo que crepitaba el revólver en su mano, y lo que vio le lleno de asombro.

De las manos de Tony brotaron largas llamaradas sin que éste dejara de rodar por la hierba.

Rudy, en segundo término, no llegó a entender lo que sucedía, porque un plomo le levanto un parietal derecho y una nube intensamente roja pareció estallar ante sus ojos.

Humphrey soltó el revólver y se agarró al pecho donde dos agujeros manaban sangre a borbotones. Notó que las fuerzas lo abandonaban y se escapó de la silla cayendo al suelo, donde soltó el último suspiro.

Tony Lead alzó la cabeza y miró al tercer forajido, Spencer, quien se sostenía sobre la montura con los brazos caídos flojamente alrededor del cuello del animal.

El caballo hizo un movimiento brusco y Spencer se deslizó mostrando un instante la garganta destrozada.

Luego se vino abajo y la hierba amortiguó el ruido del cuerpo, que quedó inmóvil con los brazos abiertos.

CAPÍTULO II

Tony se incorporó poco a poco en tanto la nube de pólvora era llevada por la brisa.

Se aproximó a Humphrey y le miro el rostro. La expresión hosca persistía aún en él, pero en sus ojos vidriosos se podía apreciar la sorpresa que recibió en vida.

Tony oyó el relincho de un caballo a sus espaldas y se volvió.

Duke Fincher estaba sentado sobre su cabalgadura y se sostenía a duras penas.

Perecía haber recuperado en parte el conocimiento, pero su cabeza oscilaba sobre los hombros, incapaz de quedar erguida.

Tony corrió bacía el hombre y le sujetó antes de que se desplomase.

Le reafirmó en la silla y comprobó que tenía la frente perlada de sudor.

—¿Como se encuentra, Fincher?

El individuo trató de abrir los ojos, que se le cerraban.

—Lo he visto todo, muchacho. Siento no haber podido echarle una mano.

—Ha hecho bien en estarse quieto.

Fincher compuso una mueca de dolor.

—No puedo con mi alma. Además, este maldito sol…

Tony entornó los párpados y contempló el cielo.

Quema como el infierno, pero durará poco, Una gran masa de nubes se está adelantando.

No espere nada, Lead. Huya cuanto antes.

He de dejarlo en alguna parte.

Le digo que se vaya.

—Olvide eso, Duke, Usted necesita que le vea un médico.

Duke hizo un esfuerzo para mirar a Tony.

—Ha hecho suficiente por mí. Ya me las compondré solo.

Tony sacudió la cabeza.

—No puede viajar solo. Y menos con este sol, No tengo por qué engañarle, Fincher. La fiebre le está subiendo. Si no se le saca esa bala, no lo contará.

—Ya lo sé.

—No debemos perder mucho tiempo.

Fincher sonrió con una mueca amarga.

—¿Sabe cuánto dista la hacienda más cercana?

—No tengo idea.

—Diez millas en aquella dirección.

—No es mucho camino.

Tony dejó perder la mirada hacia donde le indicaban.

—Le repito que hace demasiado calor. Tendremos que ir a paso de tortuga. A usted y a mí nos conviene esfumarnos cuanto antes de estos parajes.

—Es cierto.

Fincher gruñó:

—Con un poco de suerte, usted podrá salir de esta región y nadie podrá darle alcance si aprieta bien las espuelas.

—¿Y usted, Fincher?

—¡Infiernos, no se preocupe tanto de mí! Me ocultare por aquí y al anochecer pediré ayuda en ese rancho.

Tony vio como el hombre se apoyaba en el lomo del animal, casi al límite de sus fuerzas.

—Tengo otra idea, Fincher.

Ahora Duke Fincher no se esforzó por incorporarse y dijo en voz baja:

Insiste en lo de las nubes, ¿eh?

Tardaran diez minutos en cubrir el sol por bastante tiempo. Ahora puedo ocultarlo entre aquellos árboles en el lecho de hierba. Usted se recuperará un poco y seguiremos el camino bajo un cielo nublado. Esto nos dejará ir con más rapidez al rancho de que hablamos.

Fincher encogió uno de sus hombros.

—¿Quién podría convencerle a usted?

Tony reafirmó a Fincher sobre el caballo y avanzó tirando de las

riendas de las dos monturas.

Dos minutos después llegó al bosque, tumbo a Duke Fincher sobre la hierba y le recostó contra el tronco de un árbol.

Sacó un frasco de *whisky* de la bolsa que colgaba del arzón y aplico el gollete de la botella a los resecos labios del herido.

Éste bebió un par de tragos y abrió los ojos con un nuevo brillo al hacerle efecto el alcohol.

—No sabe en lo que se ha metido, muchacho.

Tony se sentó en el suelo, frente a Duke.

—Sería mejor que tuviera la boca cerrada. No le conviene desperdiciar energías.

—Usted no ha estado nunca por aquí, ¿verdad?

—Pensé que era un buen atajo.

—Sí. Para llegar al infierno.

Tony saco una bolsa de tabaco.

—¿Qué guerra es ésta, Fincher?

Duke jadeó un poco y trató de dar forma a sus pensamientos.

Vivo en esta pradera desde hace diez años. Le aseguro que siempre ha sido un lugar pacifico. Cuando me establecí aquí estaba seguro de que había encontrado mi Edén. Eche usted sobre esta tierra un puñado de maíz y sin cuidarlo apenas, lo verá crecer. Las reses engordan sólo con respirar este aire puro. Todo lo que pisamos son pastos inagotables. En cuanto al agua, hay tres arroyos constantemente llenos en su cauce. Incluso para un individuo con pocas ganas de trabajar habría suficientes medios de vida con la caza que abunda por todas partes.

—Un lugar ideal, ¿eh, Fincher?

Duke cabeceó aprobatorio.

En otras circunstancias le habría aconsejado que no siguiera adelante, que se quedara a hacer su suerte si no tenía un plan determinado. Hoy la cosa cambia, el mejor consejo es que salga a uña de caballo y no pare hasta alejarse doscientas millas de Weend Valley.

—Conque así se llama.

Fincher se pasó la lengua por los labios.

—Sí.

—Un momento, Fincher Preferiría que dejara de hablar. No me gusta que se esfuerce.

—No se preocupe muchacho. Me siento mucho mejor, hablar me distrae y no me duele tanto la herida.

La palidez del rostro de Duke desmentía sus palabras. Tenía los ojos más hundidos y la cara empapada de sudor.

Tony comprobó que, si el viento seguía favorable, no tardaría más de cinco minutos en quedar el cielo nublado. Aquello era una suerte que se daba pocas veces y la aprovecharía para poner a Fincher sobre la montura y hacer camino rápidamente.

—Como le decía, —continuó Fincher—, esto era un paraíso de paz. Todos los que nos establecimos en Weend Valley llegamos casi al mismo tiempo. Éramos un grupo de hombres dispuestos a sacar pan de estas tierras y nos pusimos a trabajar de firme para conseguirlo. Había suficiente terreno para todos y nos esparcimos por la pradera, manos a la obra sin titubeos. Entonces tuvimos la primera noticia de que existía un hombre llamado Eneas Nelson.

—¿Quién es Nelson? —Tony sostuvo un instante el fósforo encendido antes de aplicarlo a la punta del cigarrillo.

—El dueño legal de Weend Valley.

—¿Por qué se llama dueño legal? —se interesó Tony, y dio la primera chupada al cigarrillo.

—Eneas Nelson heredó estás tierras de sus padres, a quienes a su vez, se las había concedido el gobernador hace cosa de medio siglo. Los Nelson jamás habrían podido trabajar la inmensidad de este terreno, por lo que se dedicaron a habilitar la parte alta y allí está ubicado Eneas.

—¿Cómo se lo tornó Eneas cuando ustedes invadieron sus tierras?

Duke se apoyó con dificultad sobre un codo y después de un leve quejido prosiguió:

—Eneas Nelson nos admitió a regañadientes, pero nosotros le hicimos ver la conveniencia de roturar estos terrenos de la parte baja con la promesa de que nos dejaríamos marcar por él los límites de expansión.

Tony guardó silencio con la esperanza de que Fincher se detuviera y ahorrase energías. Pero el herido continuó:

—Naturalmente, Nelson redactó los documentos en los que especificaba que sus tierras no serían enajenadas sin su consentimiento y que nos aceptaba en calidad de arrendatarios.

Nosotros trabajaríamos y cuando estuviésemos en condiciones de pagar un arriendo a Eneas, lo haríamos sin rechistar. Aceptamos y así pasaron dos años al fin de los cuales hicimos la primera bonificación a Eneas, quien fijó una suma moderada.

—¿Que ha pasado luego?

Fincher dejó escapar con fuerza el resuello.

—Las cosas han cambiado radicalmente. Año tras año, Eneas ha aumentado la cifra del arrendamiento de modo exorbitante. Al principio nos pareció un individuo amargado, pero después se ha revelado como un tipo duro de corazón, avaro y orgulloso como un diablo.

—¿A qué se debe ese cambio?

—No hubo tal cambio. El puerco de Eneas empre ha sido así. Yo lo vi por última vez hace cinco años y desde entonces se ha rodado de forajidos a sueldo que forman a su alrededor un muro impenetrable. Todas las negociaciones las hacemos a través de sus sicarios y ocasionalmente por medio del doctor Arthur Kay, la única visita que recibe.

—¿Está enfermo?

—El doctor Kay es muy reservado sobre ese particular. Hay quien dice que el carácter de Eneas se debe a una mala salud. Otros a que su mujer lo dejó plantado para irse al Este a dar a luz a una hija que Eneas nunca ha podido abrazar. También se asegura que Nelson tiene algún secreto en su vida que ni el mismo diablo lo sabe. Pero ¿quiere enterarse de lo que pienso yo a ese respecto?

—¿Qué?

—Eneas Nelson es el sujeto más repelente que puede encontrarse en mil millas a la redonda. Ahí lo tiene, Lo demás son cuentos de viejas habladoras.

—Es posible, Fincher —murmuró Tony.

Puede tenerlo por cierto. Eneas está empleando desde hace tiempo los métodos más condenables para implantar su ley en Weend Valley. El asesinato en masa, incendios y otros métodos de terror están a la orden del día. En fin, usted ya ha visto palpablemente su estilo de lucha.

Tony atirantó los músculos del rostro y dejó perder la mirada en la lejanía.

—Sí, lo he visto. Y no comprendo cómo ha podido permanecer

usted diez años en Weend Valley.

La mueca amarga volvió a aparecer en el semblante de Fincher.

—¿Dónde vamos a ir, Lead? —dijo entre dientes—. Hemos echado raíces en este lugar. Diez años son muchos para abandonarlo todo por un tirano. Hemos dejado en ésta, tierra lo mejor de nuestra vida. Por eso hemos resistido hasta donde nuestras fuerzas lo permitían. Hemos pagado los altos impuestos de Nelson hasta que nos quedó un centavo. Ahora ya no podemos pagar más. ¿Sabe qué ha hecho Nelson? No nos ha concedido ninguna prerrogativa sino un ultimátum irrevocable. O pagamos, o nos largamos de Weend Valley. Los que nos hemos resistido a ser arrojados de mala manera hemos recibido plomo. En cierto modo, se nos ha concedido continuar en Weend Valley, pero bajo cuatro palmos de tierra.

El brillo de los ojos de Fincher se apagó de pronto y el hombre se apoyó desmadejado contra el tronco del árbol.

Tony soltó una imprecación en voz baja por haber dejado que Fincher se despachara a su gusto contando la historia de Eneas Nelson.

Tomó el pulso al herido y notó que estaba bastante debilitado, se hacía preciso salir cuanto antes de aquel bosquecillo de sombran acogedoras para trasladar a Fincher, pero antes era necesario darle un estimulante para que pudiera resistir el viaje.

Saco del saco que colgaba del arzón un puñado de hierbas algo marchitas y exprimió su jugo en los labios entreabiertos de Duke. Sabía que aquél herbaje empleado por los indios daría algún resultado si la hemorragia interna del herido no era muy importante.

Mientras lo colocaba con todo cuidado encima del caballo, comprobó que Fincher había caído en una especie de modorra y que respiraba apaciblemente.

Entonces montó de un salto en su propio caballo y emprendió la marcha.

El sol había sido cubierto totalmente por un interminable jirón de nubes que se perdía en el horizonte. Una vaharada cálida subía desde la hierba, pero el camino se hacía más tolerable sin tener sobre la cabeza el ardiente sol.

En cosa de veinte minutos alcanzaron la mitad de su recurrido,

según calculó Tony.

Se detuvo un par de veces para examinar al herido y la impresión que sacó fue satisfactoria. Fincher viviría si la bala era extraída a tiempo.

Bajaron la suave pendiente de una colina y el terreno apareció salpicado de árboles y surcado por la cinta plateada de un arroyo.

Tony descabalgó un momento para llenar las cantimploras y después de haber calmado la sed en la orilla, dio de beber a los caballos.

Entonces sonó un disparo y, junto con el eco que se perdía en la lejanía, oyó por encima de su cabeza el aullido del proyectil al perderse en el vacío.

Tony se maldijo interiormente al tiempo que echaba mano al revólver y desenfundaba como una centella en busca del agresor.

Pero una voz imperiosa ordenó detrás de él:

—¡Deje caer el revólver o le levanto la tapa de los sesos!

Tony quedó inmóvil unos segundos, con el cuerpo ligeramente encorvado.

—Así me gusta —volvió a decir la voz y Tony no tuvo duda de que aquella voz era femenina—. Ahora de la vuelta.

Tony obedeció y pudo contemplar la mujer más hermosa que había visto en su vida.

CAPÍTULO III

Era una muchacha que no habría cumplido min los veinticinco años. Vestía una tosca indumentaria masculina y ni así podía disimular sus encantos. Las piernas largas y bien modeladas que embutía en sucios pantalones de hombre que le llegaban poco más debajo de las rodillas. La camisa, remendada por algunos puntos, hacia resaltar el busto, lleno y turgente.

Tony detuvo finalmente la mirada en el rostro femenino. Tenía los pómulos marcados, pisto lo necesario. Y sobre la frente amplia le caía un mechón de pelo rubín tirando a rojizo.

Los labios carnosos de la muchacha se entreabrieron mostrando unos dientes apretados y blancos, Entonces ella habló de nuevo.

—Estaba esperado esta ocasión.

—¿Que pretende usted? —dijo Tony.

—¡Hace rato que lo estoy siguiendo!

—¿De veras?

La joven alzó el rifle de modo que apuntara justo et centro del pecho del hombre.

—Sí. Y le aseguro que no voy a desperdiciar la oportunidad.

Tony continuó, sin quitarle ojo de encima.

—¿Quiere hablar con más claridad?

Ella esbozó una ligera mueca irónica.

—¿No le dice nada esto que tengo entre las manos?

—Es un rifle.

—Usted es un chico listo. Pues bien, cuando el rifle escupa una bala tendrá la contestación.

El joven dio un paso hacia ella.

—¡Le he dicho que no se mueva! —gritó la muchacha.

De acuerdo. Pero me gustaría que se explicase.

Ella irguió el busto tratando de aspirar la mayor cantidad de oxígeno.

—¡Usted es un asqueroso asesino!

—¡Frene a tiempo, encanto!

—¡No me llame encanto! —chilló la joven—. ¡Le eché el ojo en cuanto lo vi! ¡El peor asesino que he visto!

Tony dejo caer la mandíbula inferior y la miró intrigado.

Muchacha, usted no sabe la hora que es.

Ella extendió el brazo para señalar el cuerpo inmóvil del herido.

No puede negarlo. ¡Ahí tiene a su víctima!

Le repito que se equivoca.

—¡Es Duke Fincher! ¡Usted y su pandilla lo han matado!

—Todavía vive.

Los labios de la muchacha se comprimieron antes de poder continuar.

—Conque al fin confiesa.

—¡No he confesado nada, infiernos! Es Duke Fincher y lo pude rescatar de la matanza, Pero no tuve nada que ver.

Ella adoptó una actitud de desprecio.

—¡Conque rescatar! ¡Yo le diré lo que iba a hacer! ¡Entregarlo al más asesino de todos! ¡A Eneas Nelson!

—No sabe lo que dice. ¿Por qué no me deja que se lo cuente todo?

—¡No tengo tiempo para escuchar sus sucias mentiras!

Ella retrocedió un paso dispuesta a apretar el gatillo.

—¡Espere! —dijo Tony.

—No voy a esperar más. Está claro como el agua.

Usted tenía la misión de atacar la hacienda de Duke Fincher, y lo hizo con su pandilla de forajidos. No me puede engañar, porque estoy enterada de cabo a rabo, Fincher se resistió y ustedes los liquidaron a todos. Ahora se lleva a Fincher para demostrarle al lobo sanguinario de Eneas Nelson que su agresión a las gentes de la tierra baja ha sido un éxito.

—Escúcheme un momento… —Tony avanzó un poco más hacia la muchacha.

—¡Quieto! —chillo ella—. ¡Como se mueva más lo aso sin contemplaciones!

Se hizo un breve silencio.

—¡No dispares, Mauren! —gritó Duke Fincher con angustia.

El silencio se reanudó tras el grito de Fincher.

Mauren continuó apuntando al joven, aunque en su bello rostro hubo una alteración por la sorpresa de saber vivo a Duke Fincher.

Tony dejó escapar el aliento contenido.

—¿Qué le decía yo, chica lista?

—No cante victoria tan pronto.

Mauren entornó las largas y sedosas pestañas.

Tony emitió un suspiro.

—¿Que espera ahora?

—Hacer una comprobación en todo esto.

Ella retrocedió varios pasos con objeto de ampliar su campo visual y poder ver a Fincher y al joven a un tiempo.

—¿Decía algo, señor Fincher?

Duke se apoyó dificultosamente en el cuello del caballo, tratando de enfocar la mirada en la imagen de la chica, que se le presentaba borrosa.

—El señor Lead es un amigo.

—¿Si, señor Fincher?

Duke cabeceó con la mandíbula caída.

—Se Llama Tony Lead.

Tony se relajó y dio un par de pasos.

—¡No se mueva todavía! —ordeno Mauren.

—¿Que lo pasa ahora, muchacha? —grito Lead—. ¿Es que no ha oído al señor Fincher?

Ella no dejó de apuntarlo.

—Puede que usted sea verdaderamente un asesino y el señor Fincher diga todo eso para que no me comprometa al liquidarlo. Tal vez…

—¡Muchacha! —Fincher tenía el rostro contraído por el dolor—. Te juro que Lead es un amigo. Me salvó la vida oportunamente.

Mauren se mordió el labio inferior con rabia y bajó el «Winchester» en un movimiento brusco.

—No tengo más remedio que creerle, señor Fincher.

Tony se plantó ante ella y sacudió la cabeza con los músculos de las mandíbulas tirantes.

—Bien, señorita, será mejor que me vaya a atender al señor Fincher, Necesito llevarlo más rápido que nunca, he perdido mucho

tiempo.

Mauren guardó silencio mientras Tony acudió a echar un vistazo al herido.

—¿Cómo le va Fincher? —Preguntó Lead.

El semblante de Duke Fincher parecía más encajado.

—Me siento bastante mejor. Aunque la fiebre parece que me hace salir fuego por los ojos. ¿Qué diablos me ha dado allá en el bosque?

—Una hierba empleada por los indios navajos. Es un estimulante que le hará resistir mejor el camino. Pero no abuse demasiado de la mejoría. Es que está bajo los efectos de la droga.

Fincher pudo sonreír por primera vez.

—Como tengamos tantos obstáculos en el camino, voy a llegar curado.

Tony sonrió a su vez.

—Bien, Fincher. Vámonos.

Se acercó Mauren y cambió unas palabras con Fincher, interesándose por su estado.

Entretanto, Lead fue en busca de su potro y subió a él.

Miró a Mauren.

—¿Qué camino toma usted, muchacha?

Ella se acercaba en aquellos instantes al rojo caballo que parecía semi oculto entre los árboles. Volvió un poco la cabeza y repuso:

—No pierdan tiempo. Yo les seguiré.

Los caballos de Fincher y Tony se pusieron en movimiento.

Unos momentos después. Mauren los alcanzo y cabalgó junto a Tony.

—Se me ha ocurrido una idea, señor Lead.

—¿De qué se trata?

—Ha pensado que como ustedes van más despacio, yo podría adelantarme a todo galope Esto me permitiría darme tiempo para buscar al doctor Arthur Kay y llevarlo al rancho de Eddie Pulver, que es adonde van ustedes. Así no perderán ningún tiempo buscando luego al médico.

—Es buena idea —respondió Tony—. ¿Dónde nos vio por primera vez?

La joven recogió las bridas entre las manos.

—Los descubrí cuando salían del bosquecillo —explicó Mauren

—. Todos los habitantes de Weend Valley sabíamos algo del ultimátum de Eneas Nelson a Duke Fincher. Pero ignorábamos que el golpe se produciría hoy. No obstante, muy de mañana vi pasar cerca de mi casa a un grupo de jinetes de Nelson. Eran un grupo de cuatro hombres y decidí seguirlos de lejos. Los perdí de vista poco después y cosa de media hora más tarde vi el humo que salía de la hacienda de Duke Fincher. Entonces caí en la cuenta de lo que tramaban. Al llegar sólo encontré cenizas y cadáveres Resolví regresar y fue cuando los vi a ustedes. El resto ya lo sabe.

Hubo un breve silencio.

Tony se cercioró de que Fincher cabalgaba bien acomodado y se volvió de nuevo hacia Mauren.

—Tengo entendido que Eneas Nelson es un individuo que no se deja ver.

—¿Quien se encarga de manejar sus tropas?

El busto de Mauren se irguió al respirar ella con fuerza.

—El individuo más sanguinario que pueda encontrarse. Se llama Max Colter. Un ser que parece que se divierte matando.

—Max Colter, repitió Tony. —Nunca he oído ese nombre.

—Y será mejor que nunca llegue a tropezarse con él. Bueno señor Lead; voy a despegarme de ustedes.

Dicho esto, Mauren espoleó su caballo y se alejó a rápido galope.

Media hora después, Tony y el herido llegaban al pequeño rancho de Eddie Pulver, quien esperaba a la puerta.

Pulver se hallaba Junto al doctor Kay, un hombre de edad madura.

En pocos minutos Fincher quedó aislado en una habitación y el médico procedió a extraerte la bala.

El herido acaparó la atención general y Tony acepto la invitación de Eddie Pulver a la mesa y poco después accedió a echarse un rato en una blanda cama.

Tony, tendido en el lecho, notó con cierta sorpresa qué cada vez que entornaba los párpados contemplaba a Mauren, La oyó un par de veces en el piso de abajo y finalmente se durmió con un gesto de complacencia.

CAPÍTULO IV

Tony Lead bajó las escaleras en tanto se ajustaba el cinto y comprobaba que el «Colt» salía con facilidad. Vio a Eddie Pulver entretenido en atar un abultado paquete.

—Creí que iba a empalmar la siesta con el sueño de la noche —sonrió Pulver.

Tony llegó abajo e indicó con la cabeza la habitación donde descansaba Duke Fincher.

—¿Qué tal va?

Pulver abandonó unos instantes su tarea y dio un suspiro de satisfacción.

—Dijo el doctor Kay que saldría de ésta. Afortunadamente usted le echó una mano a tiempo. El doctor ha aprobado la cura de urgencia.

—Hice lo que pude.

—El doctor volverá por aquí dentro de un rato a ver cómo sigue señaló el paquete y agregó. —Son unos víveres para usted.

—No debía haberse molestado.

Pulver sacudió la cabeza.

La verdad, Lead, no descansaré hasta que lo vea bien lejos de Weend Valley. Lo más prudencial habría sido que saliese a toda prisa, apenas dejó aquí a Duke.

—No tiene por qué estar tan intranquilo, Pulver. Estoy seguro de que Eneas Nelson no sabe que existo.

—Es un sujeto astuto como mil diablos puede creer que a estas horas ha echado de menos a los tres hombres que usted liquidó. No tardara en hacer averiguaciones por medio de su testaferro Max Colter.

—Tenga en cuenta que allí no quedo nadie para contarlo.

—No se aferré a eso. Lead, Según dijo Mauren, vio cuatro jinetes rumbo al rancho de Duke Fincher. Usted mató a los tres peores. ¿Pero y el cuarto? Nada me quita de la cabeza que pudo estar cerca de allí cuando cayeron sus tres compinches. Créame, Lead, Nelson tiene orejas y ojos en todas partes.

—Creo que exagera un poco. Pulver.

Eddie movió la cabeza con un gesto de pesimismo.

—Sí, lead, puede decirlo claro. Tengo el miedo metido en el cuerpo, Es verdad. Pero su intervención en esto no me devuelve la tranquilidad. Antes bien, me da más dolor de cabeza. ¿Qué me dice si Nelson sabe ya lo que ha pasado y manda a sus sicarios a esta casa?

Lead asintió en silencio.

Comprendo su estado de ánimo, Pulver Y creo que tiene razón.

—Yo estoy decidido a todo —exclamó Pulver, pero ahora tengo aquí a Fincher metido en la cama. Sería un desastre si Nelson enviara a sus hombres. Nadie escaparía entonces.

Hubo unos segundos de silencio.

Tony puso el dedo sobre el nudo para que Pulver hiciera el lazo al paquete y dijo:

—Me marcharé enseguida.

—Hágase cargo, Lead. Le estamos muy agradecidos, por lo que ha hecho; pero será mejor que, si quiere colaborar con nosotros, deje pasar algún tiempo para que se calmen las cosas.

Los ojos de Tony se entrecerraron.

—Piensan transigir con las exigencias del viejo Nelson, ¿no?

Pulver compuso una mueca, de rabia mal contenida.

—¡Y qué remedio nos queda! —exclamo—. Hemos llegado al acuerdo de esperar un poco mus de tiempo. Entretanto, nos reuniremos los propietarios de los ranchos. Espero que en una de esas reuniones demos con la clave para nuestro problema con Nelson. Con la resistencia hemos llegado a la conclusión de que no conseguiremos otra cosa que un balazo y la casa incendiada. Ahí tiene el ejemplo de Duke.

—Sí —murmuró Lead.

Pulver se aferró al canto de la mesa con los ojos llenos de furia.

—Tal vez, tengamos la suerte de que el viejo estire la pata el día menos pensado y las cosas cambien de modo radical.

—Usted es de los que opina que el anciano Eneas anda mal de salud. Tengo entendido que existen varias explicaciones para su comportamiento.

Ésta es la más halagüeña —masculló Pulver—. Hace tiempo que el viejo se deja ver ocasionalmente. Todos los asuntos de guerra los lleva personalmente su asesino Max Colter. Aunque el estilo de lucha da a entender bien claro que la cabeza de Eneas Nelson lo planea todo. Es el viejo más puerco de que se tiene noticia. Si revienta pronto, allá donde usted se encuentre oirá el jolgorio que armaremos en Weend Valley.

—Con permiso Pulver —dijo una voz en la puerta.

Tony y Eddie se volvieron en aquella dirección.

El doctor Kay entró con un maletín negro en la mano.

—Voy a echar un vistazo a Fincher. ¿Qué tal ha ido durante mi ausencia?

—Está durmiendo como una marmota —dijo Pulver, satisfecho.

El doctor empujó la puerta de la habitación del herido y en aquel momento salió una mujer gruesa con una bandeja en la mano, esfumándose por el fondo de un corredor. Kay permaneció unos instantes al lado del herido, que reposaba apaciblemente, y luego salió, cerrando la puerta tras de sí.

—Esto va muy bien, Pulver —dijo—. Mande que le den una taza de caldo cuando despierte.

Pulver fue a cumplimentar la orden del doctor.

Éste se fijó en Lead.

—Pensé que ya no lo encontraría aquí.

—Estaba a punto de marcharme.

—Es lo mejor que puede hacer. Su parte ya está hecha, Lead. Por fortuna, Fincher ya tiene quien le cuide. En esta casa estará seguro de momento. Mauren también nos ayudará a cuidarlo a determinadas horas.

—Mauren parece muy eficiente.

El doctor Kay esbozó una sonrisa debajo de su espeso bigote.

—No lo sabe usted bien Puedo asegurarle que es el alma de estas gentes. Cuando se entera de que algo va mal, allá va ella. Ya vio usted lo que tardó en presentarse en el rancho incendiado de Fincher. A mí me ha servido un montón de veces de enfermera. Es hija adoptiva de los Wilson, Recogieron a la muchacha cuando

todavía era una niña y no han quedado defraudados. La chica defiende el rancho contra viento y marea.

—Es una muchacha *muy* impulsiva. —Lead se entretuvo en liar un cigarrillo.

Kay arregló en el fondo del maletín y celebró la frase de Lead con una sonrisa.

—Debía haberla visto ante Eneas Nelson hace cosa de unos meses.

Tony frunció el entrecejo.

—¿Quiere decir que se presentó allí sola?

El doctor cabeceó divertido.

—Fue a cantarle cuatro verdades al viejo. Es algo que no olvidaré en la vida. Acababa yo de recetarle unas píldoras a Eneas y nunca me alegraré bastante de haberme quedado u unos momentos para presenciarlo.

—¿Qué ocurrió?

—Nelson tiene un carácter muy irascible Cuando empieza a hablar, las palabras salen de su bocaza como si fueran agua de un torrente. Pues bien, después de que la chica dijera un montón de cosas, movió varias veces las fauces y por fin se dejó caer en una silla sin fuerzas. Lo que le digo, Lead; Mauren es la única persona que le ha dicho a Eneas lo que se merece. Estoy seguro de que si Mauren llega a ser un hombre, hubiera ordenado en el acto que la asesinaran.

Tony dejó escapar una bocanada de humo y mientras se disgregaba contempló a Arthur Kay.

Kay cerró el maletín y lo dejó a un lado.

—Está lleno de achaques —repuso—. Es lo único que tiene. Pero creo que vivirá bastantes años Es un hombre fuerte como un búfalo. En el fondo parece buena persona, pero está amargado. El que realmente es de cuidado es Max Colter. Cuando alguna vez voy allí, trato de esquivarlo por todos los medios. No me gusta nada. En fin, Lead, si no fuese por las exigencias de mi profesión, no habría puesto jamás los pies en la fortaleza de Eneas Nelson.

En aquel momento se abrió la puerta de golpe y apareció Pulver.

—He preparado ya su caballo, Lead. —Pulver parecía algo nervioso y tenía los carrillos pálidos.

—¿Sucede algo? —preguntó Lead.

El dueño del rancho adoptó una actitud de impaciencia.

—Debe irse ahora mismo, Lead.

—Sí, Voy a hacerlo. Pero no veo por qué tanta prisa.

—Hay una quietud que no me gusta nada —continuó Eddie—. Parece que va a estallar algo.

El doctor Kay no pareció contagiado del nerviosismo de Pulver, y se limitó a sonreír.

—Haga caso o Eddie —dijo—. Es él que siempre acierta, cuando pronostica una tormenta. Todo el mundo conoce sus predicciones.

Lead apuró el cigarrillo y después de tomar el paquete preparado por Pulver, cruzó la puerta.

Tendió la mano al ranchero.

—Gracias por todo, Pulver. Tendrá noticias mías.

El ranchero sonrió nervioso.

Me alegraré de saber que todo le va bien —miró al doctor y añadió—. Usted puede acompañarle a través del bosque. Serán menos visibles.

Kay gruñó asintiendo y fue hacia los caballos seguido de Lead.

Unos minutos después se adentraban en el bosque.

A poco de sortear los primeros árboles oyeron un ruido de cascos de caballo.

Tony se detuvo a pocas yardas del doctor y quedó a la expectativa, con la diestra apoyada en la culata del revólver.

Transcurridos unos minutos, un jinete apareció entre la arboleda.

Tony y el doctor vieron que se trataba de Mauren.

La chica se detuvo cerca de Lead.

—Apuesto a que se figuraba que era la horda de Nelson.

—No descartaba esa posibilidad —dijo Tony.

El doctor se aproximó.

—Hola, Mauren —saludó—. Eddie estaba muy intranquilo y poco menos nos empujó para que Lead saliera de Weend Valley.

Mauren ladeó la cabeza y sonrió con ironía a Tony.

Ha sido muy prudente, Lead. Palabra que me figuraba que usted iba a salir del valle a uña de caballo.

—¿Qué quiere decir, muchacha?

Ella continuó con la sonrisa.

—Tenía por seguro que no aguantaría el tipo ni una hora más.

Tony comprimió los labios.

—¿Es que siempre le gusta andar a la gresca? Tenga por cierto que me voy para no buscarles más complicaciones de las que tienen.

—¿De veras?

El doctor carraspeó.

—Creo que el señor Lead acierta saliendo de estos lugares. No nos va a beneficiar en nada si continúa en el rancho de Pulver.

La joven miro alternativamente a los dos hombres, pareció recapacitar unos momentos.

—Sí —murmuró al fin—. Me parece que esta vez me excedí. Lo mejor es que se esfume, Lead. Le ruego que me perdone.

Tony estrechó la mano que la joven le tendía y se sorprendió al recibir un agradable estremecimiento.

—Algún día volveré —dijo con una voz que le sonó rara.

Mauren sonrió esta vez con los ojos brillantes.

—Lo celebraré mucho —contestó—. Hasta la vista, Lead.

Los dos hombres estimularon las cabalgaduras y se pusieron en movimiento. Tony no pudo contenerse en volver la cabeza y vio que en aquel momento lo hacía también Mauren, quien levantó un brazo para despedirse. Tony notó entonces un extraño hueco en el estómago y se juró que no le hacía falta comida. Trató de encontrar una pero no dio con ella.

El doctor murmuró algo.

—¿Como ha dicho? —pregunto Tony.

—Digo que no faltan más de dos minutos de camino. Una vez salgamos de aquí nadie puede considerarse seguro.

Como por arte de encantamiento aparecieron cinco hombres armados hasta los dientes.

Tony dio un respingo y echó mano al revólver.

—¡No haga eso o lo dejo seco! —rugió un sexto individuo a sus espaldas.

Tony notó casi en el acto que le hundían el cañón de un arma en el espinazo.

Apartó la mano de la culata del «Colt» y el mismo individuo que lo encañonaba le arrebató el arma.

Miró al frente y pudo observar que cada uno de los cinco individuos le apuntaba con un «Colt».

Un tipo pelirrojo con cara patibularia dejó de sonreír y advirtió

al doctor, cuando intentó moverse:

—La cosa también va por usted, matasanos. Si mueve un dedo en favor de este prójimo, le hago un relleno en el acto.

Kay levantó las manos con cierto temblor.

—Así me gusta —continuó el pelirrojo—. Me gustaría ensartarlo con una bala desde aquella vez que me abrió la pierna para sacarme una astilla así de pequeña. Ya sé que se da el gusto haciendo sufrir a la gente, pero el viejo Eneas lo necesita para que le de sus asquerosas píldoras. Eso lo salva, pero en cuanto a este vivales —miro a Lead—. Le juro que no lo contará.

—¡Eres un asqueroso asesino, Halifax! —grito el doctor sin poder contener la indignación.

—¿Se quiere calmar, matasanos del diablo? —gritó el pelirrojo—. ¡Abra la boca otra vez y le cuelo un plomo por la garganta!

Tony se volvió hacía Kay.

—Váyase, doctor —dijo—, será lo más acertado.

El pelirrojo llamado Halifax mostró unos dientes en punta al sonreír.

—Soy yo quien da las órdenes, ¿te enteras? —soltó de pronto una carcajada desagradable—. Te creías algo desde que le diste el billete de ida a esos tres labriegos de Humphrey y compañía, ¿eh? Tenías que haber tropezado conmigo y hubieras visto lo que es bueno.

—Ha sido muy lamentable.

—Mucho, tipo listo. Pero ahora vas a recibir lo que estás pidiendo a gritos.

—¿Por qué pierde el tiempo? Haga lo que sea, pero deje ir al doctor.

Halifax volvió a reír.

—¿Para qué tanto interés en salvar al doctor? ¡Tú ya no lo vas a necesitar!

—Siempre se puede escapar alguna bala.

El pelirrojo movió la cabeza de un lado para otro.

—No, chico. Cuando yo de una señal todos esos revólveres que te apuntan empezaran a escupir plomo. ¿Y sabes dónde irán a parar sin equivocación?

Tony no despegó los labios.

Halifax se recreó ante la actitud indefensa de Tony.

—¡Los recibirás en plena barriga! —dijo, y agregó—: Bien, matasanos, puede empezar a largarse. No quiero que se muera del susto cuando convirtamos a éste en un colador.

Arthur Kay se pasó la lengua por los resecos labios y asintió con un par de cabezadas.

Bajó las manos para tomar las riendas y volvió la grupa del animal. Luego comenzó a alejarse.

—¡Otra cosa, matasanos! ¡Cuidado con irse de la lengua y decir lo que ha pasado aquí! ¡La próxima vez le haré pagar lo de la astilla!

Arthur Kay imprimió más velocidad a su cabalgadura y sorteo los árboles. Cruzó un pequeño claro y después dobló la esquina formada por un peñasco. Sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó el sudor de la frente.

Entonces escuchó una descarga cerrada y después la risa inconfundible de Halifax coreada por los acompañantes.

El conductor se detuvo con el corazón golpeando con fuerza en sus costillas.

Después hinchó los pulmones, se encogió de hombros y continúo su camino para perderse entre los árboles.

CAPÍTULO V

Eneas Nelson enarbolo el bastón con el que se apoyaba y lo dejó caer con terrible fuerza sobre la mesa tenía delante.

—¡Malditos seáis todos! —rugió con un vozarrón impotente—. ¡Todos vosotros, cerdos labriegos, desagradecidos! ¡Os aplastare sin que quede uno! ¿Habéis pencado reíros del pobre viejo Eneas? ¡Quemaré vuestras haciendas, esparciré las cochinas reses que criáis a mi costa y haré saltar en pedazos las cabezas que se atrevan a levantarse contra mí! ¡Eso haré! ¡Nadie le ha tomado el pelo a Eneas Nelson que no esté hace tiempo criando margaritas bajo dos palmos de tierra! ¡No consentiré que os riáis en mis barbas, ingratos del diablo, gentuza…!

Los tres individuos que estaban frente a Eneas Nelson temblaban como azogados, con las frentes empapadas de sudor y sin saber dónde poner las manos.

El temblor de los tres rancheros era visible para la docena de forajidos esparcidos por la inmensa sala de la fortaleza de Nelson.

Para los pistoleros a sueldo de Nelson en un espectáculo poco frecuente que el viejo se dejara ver. Corrientemente, se hallaba internado en sus amplias habitaciones de la propiedad donde les quedaba vedada la entrada. Sólo Max Colter tenía acceso al santuario, además de un tipo llamado Aldo Garafalo, conocido por todos como Aldo *el sordomudo*, quien además de fallarle los sentidos se comportaba como un loco.

Eneas Nelson paseo la mirada sobre los que lo contemplaban boquiabiertos y no hubo nadie que no sintiera un estremecimiento al ser enfocado por aquellos ojos negros y brillantes como dos cucarachas.

La corpulencia del viejo, unida a su vozarrón y las barbas y

bigotes completamente blancos, infundían tal respeto a la concurrencia que pudo oírse el canto de la cigarra en el campo.

Eneas acabó el recurrido de su mirada posándola en Aldo *el Sordomudo*, que estaba a su derecha. Aldo sonrió con una dentadura estropeada y sucia y asintió sin haberse enterado de una palabra.

—¿Estáis enterados? —rugió de nuevo Eneas fulminando con la vista a los tres rancheros…

El del centro, un sujeto de rostro chupado, afirmó con varios movimientos de cabeza e hizo unos cuantos gargarismos antes de poder contestar.

—No… Nosotros venimos a pagarle, señor Nelson.

—¡Naturalmente! —aulló Nelson—. ¿Crees que estaríais vivos si hubieseis venido con otra intención?

El del rostro chupado quiso sonreír, pero le salió una fea mueca.

Siempre hemos pensado en pagarle señor Nelson. Ya sabe que somos los más puntuales en hacerle los pagos. Eso es lo que nos ha valido el desprecio de los demás habitantes del valle No nos relacionamos con ellos para nada.

—¡Ellos no se escaparán de mí justicia! —grito Nelson—. ¿Creéis que alguien puede escaparse? ¡Dime, Rufus Watson!

—¡No! —contestó Rufus con un gallo en la voz.

—Siempre sale algún fanfarrón que quiere oponerse a lo que tengo establecido desde hace tiempo. ¡Pero no tarda en pagarlo! Ahí tenéis a Duke Fincher. Quiso resistirse cuando mis hombres fueron a cobrarle e incluso los recibió a tiros. ¿Y qué ha pasado? En el lugar donde levantaba uno de los mejores ranchos sólo queda un montón de leños convertidos en cenizas, y bajo ellos está Duke Fincher asado como un carnero.

—El delgado Rufus tosió un par de veces.

—Permítame, señor Nelson —dijo con un hilo de voz—, pero tengo entendido que Duke logró salvar la piel. He oído decir a sus hombres que alguien lo salvó.

El bastón de Eneas cayó ahora con tal fuerza sobre la mesa que quedó una marca sesgada sobre tablero.

—¡Infiernos, es cierto! ¡Pero no le valdrá de nada! ¡Fincher morirá y en cuanto al asesino que impidió hacer justicia plena a mis hombres y los liquidó…!

En aquel instante Nelson se interrumpió al ver entrar sin previo

aviso a un hombre alto, de tórax amplio y largos brazos.

El recién llegado recorrió con la mirada el grupo y después de haberse hecho cargo sonrió mostrando unos dientes blancos y nacarados que resaltaban en su rostro tostado.

Dispense que le interrumpa, señor Nelson. Precisamente traigo noticias acerca del individuo de que hablaba.

Te refieres al que salvó a Duke, ¿verdad, Max?

Max Colter avanzó despacio sin dejar de sonreír a su patrón.

—Sí, señor Nelson.

El rostro del viejo Eneas se suavizó un tanto e hinchó el pecho de satisfacción.

—Supongo que esas noticias serán buenas, hijo mío.

Max se apoyó en la mesa frente al anciano.

—Sí, señor Nelson. Noticias excelentes. Bing Halifax, al mando de nuestros mejores hombres, lo cazó cuando estaba a punto de escapar del valle.

Nelson soltó una estruendosa carcajada, cuyos ecos llenaron el amplísimo recinto.

—¿Que os decía yo, muchachos? —Se dirigió a los tres rancheros que tenía delante, pero el acceso de risa le cortó la palabra en la boca y se balanceó adelante y atrás tomándose los riñones.

Los forajidos hicieron coro a las carcajadas y Rufus Watson y sus dos compañeros, para no quedar mal, empezaron a retorcerse soltando risotadas.

Nelson pegó de pronto con el bastón encima de la mesa.

—¿De qué os reís, imbéciles? —aulló.

Todo el mundo cerró la boca en el acto.

Se hizo un espeso silencio.

Eneas lanzó llameantes miradas a los que le contemplaban sin resuello.

—Debéis guardar compostura cuando estéis delante de mí. ¿Lo habéis oído?

Rufus y los otros dos asintieron mordiéndose los labios.

Max Colter se volvió hacia la entrada y como si poseyera algún don sobrenatural la puerta se abrió dejando pasar a Halifax, el pelirrojo, seguido de dos hombres cargados con un cuerpo exánime.

A una leve señal de Max, los dos individuos soltaron la carga en

medio de la sala.

—¿Conque éste es el fulano, eh? —dijo Nelson.

Max le dio vuelta con el pie y Tony Lead entreabrió los ojos.

—Nos dio algún trabajo, señor dijo Halifax jactancioso mirando alternativamente a Colter y a Nelson. —Un último recurso hizo ponerse en pie al caballo para hacernos una jugarreta y escaparse, pero no le sirvió de nada. Matamos al animal y cuando el tipo se vio perdido intentó sacudimos con los puños, Tim le pegó una buena en el cogote con el cañón del rifle y se acabó.

—Un tipo con muchas agallas. —Max esbozó una amplia sonrisa y de pronto descargó un puntapié en las costillas del caído.

Tony, recuperada la conciencia, dejó escapar un gemido y se contrajo instintivamente.

A Colter le hizo gracia la cosa y fue a soltar el otro pie…

Tony le aferró la bota con los dedos crispados como garfios de acero y dio media vuelta antes de recibir el puntapié.

Colter soltó un respingo, perdió el equilibrio y después de bracear inútilmente en el aire fue a dar con los huesos en el suelo.

Tony Lead se alzó de un brinco, pero se detuvo al ver de nuevo a Max.

—¡Hijo de cerda! —rugió Colter y sacó el revólver en un abrir y cerrar de ojos.

—¡No tires, Max! —ordenó Nelson con voz tajante.

Colter, con los dientes apretados, curvó varias veces el dedo sobre el disparador, pero por fin se incorporó sin dejar de apuntar a Tony.

Soltó un taco terrible y agregó:

—Vas a vivir unos minutos más. Es lo que le puedes agradecer al señor Nelson. Pero te juro que me gustaría verte con las tripas fuera.

—No lo dudo, Colter, Seguro que bebe la sangre de su victimas en un cráneo.

Max se dispuso a cerrar de un puntapié la boca del que replicaba.

—¡No haga eso, Colter! —dijo Tony—. ¡Le juro que no me detendré, aunque vaya armado!

Nelson hizo una señal a Aldo *el Sordomudo*.

El tipo se colocó detrás de Tony, quien sostenía un duelo de

miradas con Max, y le pegó con el puño cerrado detrás la oreja.

Tony trastabilló después del inesperado ataque y se enfrentó con los puños en ristre tratando de enfocar la mirada en el nuevo contendiente.

Aldo rió, dejando escapar por su boca un silbido de reptil.

Lanzó un derechazo que alcanzó a Tony en el mentón y lo mandó contra la pared, Aldo se acercó de nuevo para repetir el castigo, pero de repente recibió un trallazo en el estómago que le dejo sorprendido Antes de recuperarse de la sorpresa, Tony le aplicó unos golpes de derecha, pero Aldo en vez de resentirse se enardeció saltando hacia el joven a quien propinó una lluvia de puñetazos.

Tony trató de cubrirse para evitar el castigo y de pronto tropezó con Max, quien lo hizo girar sin dificultad y lo mandó con un izquierdazo hacia su perseguidor, Aldo.

Max rió con gusto del espectáculo que se ofrecía ante sus ojos.

De pronto, Tony se vino abajo incapaz de sostenerse sobre las piernas.

Max, lleno de regocijo, le soltó un patadón en el vientre, pero Tony no pareció acusarlo.

Basta, hijos —ordenó Nelson—. No os entusiasméis. No me gustaría que le sacarais las tripas aquí Sólo tenía curiosidad por saber quién era el fulano que había matado a tres de mis hombres.

Aldo captó el gesto de su amo y eso fue suficiente para que dejara a su víctima, con una mueca de fastidio.

Max recuperó la sonrisa y se sacudió un poco el polvo.

—Sí, señor Nelson —dijo—, casi me había olvidado que le habíamos traído aquí para que nos dijera cómo se las había ingeniado al deshacerse de tres hombres y poner a salvo a Fincher.

Ante la sorpresa de todos. Tony se apoyó sobre un codo, abrió varias veces la boca y dijo:

—No espere que le vaya a contar nada, Nelson Ya puede ordenar mi ejecución.

Eneas dio la suelta a la mesa con la indignación pintada en el rostro.

—Ignoras que si necesitara saber algo de ti lo obtendría. Tengo muchos medios para tirarte de la lengua.

—Lo supongo, Nelson.

—Pero yo lo sé todo. Sí, jovenzuelo. ¡Eneas sabe lo que pasa en

el último rincón del valle! No es necesario que los hombres se fatiguen en sacarte las palabras a nudillazo limpio. ¡Sé cómo acabaste con los tres muchachos y donde está Duke Fincher!

—Bien, Nelson. Entonces, no me explico para qué me quiere aquí.

Para verte tirado en el suelo como un perro. Tú eres el símbolo de lo que espera a mis enemigos —se volvió bacía Rufus y los dos rancheros—. ¿Qué os dije? ¿Veis cómo ha caído? ¡Nadie puede oponerse a Eneas Nelson!

Tony compuso una mueca mezcla de rabia y dolor.

—Eso cree usted, Nelson —dijo entre dientes—, pero algún día surgirá quien replique adecuadamente a sus actos. La ley ha de ser cumplida un día u otro.

—¡No hay otra ley que la mía, estúpido! —bramo Eneas, enarbolando el bastón.

—Déjese de hacer teatro. A los individuos como usted los conozco de sobra. Sólo piensan en sí mismos. Ya verá en qué para su ley cuando el estallido se produzca a su alrededor.

Eneas rió con fuerza.

—No habrá estallido, jovenzuelo Y tú me vas a servir de mucho para mantener el orden en este maravilloso valle.

—No le entiendo, abuelo —sacudió la cabera Tony para despejarla.

Eneas estuvo a punto de descargar el bastón sobre el caído, pero se contuvo.

—Es muy fácil —sonrió al fin—. Cuando mis hombres acaben contigo, dejarán colgado tu cadáver en el sitio más visible de Weend Valley. Entonces ya no habrá quien sé desmande.

Dicho esto, movió el bastón en una muda orden a Aldo.

El individuo puso en pie a Tony y lo empujó a través de la sala para que cayera entre los hombres que lo hablan traído.

Nelson se volvió hacia los tres rancheros, quienes permanecieron mudos de terror.

—¿Qué hacéis ahí, pasmados? —masculló—, ¡largo de aquí, antes de que la emprenda con vosotros!

Rufus Watson y sus dos colegas dieron media vuelta y fueron hacia la puerta a trompicones, por donde desaparecieron.

El anciano Eneas se enfrentó con Halifax.

¡Llevaos a este asesino y cumplid la ley de Eneas Nelson!

Los forajidos salieron empujando a Tony Lead.

Max Colter esperó a que se cerrara la puerta y contempló con expresión risueña a su amo.

—¿Desea alguna cosa más, señor Nelson? —preguntó.

El viejo Eneas atravesaba en aquel momento la puerta que daba acceso a su dormitorio.

Colter le siguió adentro y cerró tras de sí.

—Ha sido una buena actuación —dijo el hombre que había frente a Colter se dejó caer en el sillón y se quitó la barba y los bigotes blancos, descubriendo un rostro joven, de rasgos firmes.

CAPÍTULO VI

Max Colter contempló a su interlocutor mientras éste se despojaba de una peluca blanca y la dejaba sobre una mesa.

—Sí, muchacho Estabas tan poseído de tu papel que lo has hecho mejor que otras veces.

El hombre que se hacía pasar por Eneas Nelson se relajó en el sillón en actitud pensativa.

Colter frunció los labios con buen humor e inició un paseo por el despacho.

—Siempre me dije que el truco saldría a pedir de boca. La primera vez que hicimos la prueba te aseguré que habíamos dado en el clavo y puedes ver que estoy en lo cierto.

—Estas demasiado optimista, Max —gruño el impostor Nelson.

—Nadie será capaz de descubrir jamás el engaño.

—Tal vez.

Colter iba y venía con una chispa de entusiasmo en sus pupilas grises.

Tenlo por seguro —continuó—. Y lo bueno de todo es que podemos prolongarlo indefinidamente.

El individuo del sillón volvió a gruñir.

—Lo que te digo. Estás en un momento en que ves las cosas de color de rosa.

Colter interrumpió su paseo con la hosquedad pintada en el rostro.

—¿Qué es lo que te pasa hoy? Acabas de dar una de tus mejores representaciones. Hasta el difunto Eneas Nelson se habría quedado de muestra si llega a levantar la cabeza y te ve con esas barbas. Yo mismo he tenido que hacer un esfuerzo pata imaginar que detrás de ese disfraz estabas tú: Beed Dudley.

El llamado Dudley sacudió la cabeza.

—Aunque así sea no me gusta.

Colter hizo resaltar los músculos del mentón.

—¿Qué diablos no te gusta?

Dudley se pasó la lengua por los labios.

—Todo éste lió, ¿entiendes?

—¡Maldito seas, Beed! ¿Qué estás diciendo?

Beed se rascó meditativo la mejilla derecha.

—Tengo la impresión de que esta situación dará un estallido el día menos pensado Me lo dice una voz interior.

—¡Pues hazla callar! —ordenó Max—. Pasado el primer golpe de tu representación como Eneas Nelson, tenemos para rato. Nunca se me ocurrió algo mejor.

—Sí, ¿eh? ¿Y qué te parece si uno de tus labriegos se descuelga una noche por la ventana de mi cuarto y me rebana el pescuezo?

Colter pegó un puñetazo en el escritorio.

—¡Maldición! ¿Qué has comido hoy, Beed? Mantenemos demasiado tiempo la comedia para que ahora salgas con esos remilgos, Te juró que no entiendo ese miedo que te ha dado de pronto.

El hombre que suplantaba al difunto Eneas Nelson levantó la cabeza.

—¿No te das cuenta, Max? Esa gente está desesperada. Yo puedo ocupar el puesto de Nelson y hacerles tragar la representación. Pero eso mismo me costará un balazo si alguien se hace el héroe. Cada día la situación es más candente.

Max Colter sonrió con desprecio.

—Lo dices por ese fulano de Lead, ¿eh? —De pronto alzó la voz —. ¡Pues ya ves lo que le ha pasado por sentirse con agallas! ¡Así le ocurrirá al que se atreva a levantar la cresta! Tengo la sartén por el mango, Beed.

—Sí, es posible. En cuanto a mi seguridad por las noches…

—¡Tienes guardia en todas las puertas! —interrumpió Max con un grito. Luego movió la cabeza—. Estás loco, Beed. Te digo que estás loco. Cuando eras un asesino de viejas tenías el pellejo pendiente de un hilo. Ahora que nadie sabe que estás aquí y te protegen veinte hombres armados hasta los dientes, tienes miedo de tu propia sombra.

Beed se pasó el dedo índice por debajo de la nariz.

—Después de todo, es demasiado riesgo para la parte que me toca.

Max ve volvió poco a poco, con los ojos convertidos en dos grietas y por unos instantes sólo se oyó el silbido de su respiración.

—Conque era eso, ¿eh?

Beed sostuvo la mirada cargada de ira que le dirigía Max, aunque le costó trabajo hacerlo.

—Sí, Max, eso es.

Colter curvó los labios y se apoyó en el borde del escritorio con las palmas de las manos abiertas.

—Debí figurármelo.

Beed Dudley no dijo nada.

El jadeo de Max se hizo más audible.

—Sí —continuó—, he sido un estúpido al creer el cuento que temes por tu piel. Has debido reírte mucho para tus adentros, ¿verdad, Beed?

Dudley permaneció mudo.

Max estiró uno de sus largos brazos, agarró al sujeto por el pescuezo y le aprisionó la cara contra la mesa.

—¡Habla! —rugió—. Te ha dado mucha risa, ¿eh?

—Suéltame. Max —a los ojos de Dudley asomó una chispa de temor.

—¡Contesta o te machaco los sesos! ¡Me has tomado el pelo! ¿Es eso?

El resuello de los dos hombres rompió el silencio.

La mano libre de Max saco a relucir el resolver en un movimiento que escapó a la vista de Beed, quien al contemplar el negro agujero cerca de la sien experimentó un temblor por todo el cuerpo.

Conocía a Max de sobra para saber que si mentía sería capaz de volarle la cabeza de un balazo. Se humedeció los resecos labios y trató de componer las palabras.

—Sí, Max —musitó—. Lo siento de veras. Debí exponerlo de otro modo. No lo tomes en cuenta.

Colter soltó su presa, se incorporó y contempló a su sabor al asustado Beed, sin dejar de apuntar con el arma.

—¿Qué te parece si apretara el gatillo, Beed?

El aludido puso en tensión los músculos de todo el cuerpo, Sabía que Max podía hacer fuego en cuanto le pasara por el pensamiento.

—Tú no puedes hacer eso, Max —trato de dar un tono convincente a su voz.

—¿Por qué, muchacho?

—¿No lo comprendes, Max?

—Sí, pero me gustaría oírtelo decir.

Beed trago saliva.

—No podrías encontrar otro Eneas Nelson.

—No, Beed.

Beed Dudley sonrió.

—¿Lo ves, Max? No puedes prescindir de mí. Tú lo sabes tan bien como yo Me necesitas para mantener en pie esta tramoya que has levantado en Weend Valley. ¿Te imaginas lo que pasaría si, de la noche a la mañana, supieran todos que asesinaste al viejo Nelson y que yo soy sólo un títere? ¿Qué harían los labriegos, Max? ¿O tus propios hombres? La imagen del viejo Nelson es la que infunde respeto: no lo olvides. Max.

Los labios de Colter mantuvieron la sonrisa.

—Estaba al corriente de que habías pensado todo eso, muchacho. Y se ve que te has dado muchas vueltas en la cabeza.

—Sí, Max.

Colter se aclaró la garganta.

—Figúrate que aprieto ese gatillo y tú mueres, Beed. ¿Qué pasa entonces?

—Lo echas todo a rodar.

Max meneó la cabeza pleno de satisfacción.

—No, muchacho. Las cosas seguirían igual. El Nelson de hoy sólo se deja ver en contadas ocasiones. Si tú desaparecieras, la gente no echaría de menos tu presencia. Al menos, durante, mucho tiempo. Y para entonces puedes tener la seguridad de que me habría llenado los bolsillos. Incluso puedo vender cuando no pueda mantener más la situación sin enseñarles a Nelson.

Beed Dudley se estremeció involuntariamente.

—Olvidas la ley de Cesión y Transmisión de Tierras. Según ella, si un tipo muere sin sucesión, las tierras que tenga en arrendamiento pasan a poder de los agricultores establecidos con un mínimo de cinco años.

—La sé de memoria —interrumpió Max—. Por eso le di el pasaporte al viejo.

—Te juro que no lo entiendo, Max.

—También yo he pensado en todo —dijo—. En cuanto los ordeñe un poco más, puedo empezar a venderles el terreno que ocupan. Con esto daré por finalizado el negocio de Weend Valley. ¿Qué te parece, Beed? Me quitaran los documentos de venta de las manos, con tal de verse libres de las cargas. Incluso me procuraré un nuevo Eneas Nelson para darle legalidad al asunto, No fallará, muchacho.

Dudley no pudo disimular el temblor que le sacudía el cuerpo.

—Si me mataras, acudirían aquí los muchachos y lo descubrirán todo.

Nadie es capaz de entrar en estas habitaciones privadas —interrumpió Colter—. Todo ocurrirá igual que cuando me deshice del verdadero Nelson.

Dudley desorbitó los ojos al convencerse de las razones de Colter, y sin poderse contener dio un brinco en el sillón.

—¡No dispares! —aulló aterrorizado—. ¡No, Max!

Colter se deleitó contemplando el pánico de Beed.

—¡No lo hagas, Max! ¡Renuncio a mi parte! ¡Me largaré de aquí! Te juro que me largaré ahora mismo.

—Demasiado tarde, muchacho —el dedo de Max se curvó sobre el gatillo.

Colter sacudió la cabeza con pesadumbre.

—Lo siento, muchacho. Tú mismo me has hecho ver que no me haces falta.

Inesperadamente, la puerta se abrió con violencia y apareció uno de los forajidos.

—¿Qué ocurre, señor Nelson? —preguntó y trató de descubrir al aludido inútilmente.

Max se volvió como movido por un resorte.

—¡Cierra la puerta, estúpido! —gritó.

El recién llegado obedeció mecánicamente quedando dentro de la estancia can el desconcierto pintado en el rostro.

—¿Que pasa aquí? —preguntó.

Colter le encañonó con el revólver, olvidando por completo a Beed Dudley, quien aparecía aun con los brazos abiertos y la

espalda contra la pared del fondo.

—¡El diablo te lleve, Jerry! —mascullo Max—. ¿Quién te ha dicho que te metieras donde no te llaman?

El llamado Jerry parpadeo varias veces, confuso cuando su mirada se posó alternativamente en el desconocido que se hallaba en el otro lado del recinto y las barbas y peluca blancos sobre el escritorio.

—Lo siento, jefe —dijo a Max—. Pero oí gritos y pensé que ocurría algo malo.

Mac advirtió que los ojos de Jerry habían recorrido la habitación sin perder detalle, y sus dientes rechinaron.

—Cochino entrometido… ¿Por qué no llamaste antes a la puerta? ¿Por qué no lo hiciste?

Jerry se humedeció los labios con la lengua.

—Le repito que lo siento, jefe —farfulló—. Pero cuando algo no va bien, es mejor entrar de golpe. Si uno llama pueden largarle Un balazo a través del tablero. Bien, ya me voy.

—¡No te muevas de ahí! —rugió Colter y adelantó unos pasos con el arma en ristre.

Jerry detuvo en seco el movimiento de la mano en el pomo de la puerta.

—Bien, jefe, no… no me muevo.

—No te dejaré mover —aseguró Colter.

—¡Jefe, no he hecho nada malo!

Los labios de Max se curvaron en su característica sonrisa.

—No Jerry. Tú eres un buen chico.

—Si… Sí, jefe…

—Y apuesto a que sólo querías echar una ojeada aquí para ver lo que pasaba, ¿verdad? ¡Pero antes habías estado con el oído pegado a la puerta!

—¡No, jefe! ¡Se lo puedo jurar!

El revólver de Max apuntó al hombre justo encima del cinturón.

Eres un cerdo embustero, Jerry Hace tiempo que me doy cuenta de que no haces más que husmear en cuanto tienes ocasión. Sí, Jerry, tú te has olido algo y hoy te ha parecido una buena oportunidad para levantar la tapadera de lo que se cuece.

—¡Jefe, está equivocado!

Max se encogió de hombros ligeramente.

—Tú sabes que es verdad, Jerry —dijo—. Pero aunque no lo fuera, poca diferencia existe, has metido las narices donde no debes y ahora ya no puedes retroceder. En estos momentos sabes tanto como yo. Y eso no me gusta.

El color huyo del semblante de Jerry.

—¡No he visto nada, jefe! ¡Me olvidaré de todo! ¡No abriré esta boca para nada!

—Claro que no, Jerry —concedió Max y apretó el disparador.

Sonó un estampido seco que retumbó como un cañonazo dentro del recinto.

A los ojos de Jerry asomó una rara expresión de asombro.

Max volvió a disparar y el segundo proyectil lanzó a Jerry contra la puerta.

Beed permanecía en la misma posición que lo había sorprendido la entrada del forajido y temblaba de pies a cabeza.

Jerry lanzó un ronquido y se desplomó de golpe en el suelo.

Colter esperó a que acabara de salir la última voluta de humo del revólver y luego enfundó lentamente.

—Vamos, Beed, muévete —rezongó—. Llévatelo adentro y lo tiras por la esclusa. Si se enteran los muchachos les hará buen efecto lo que acaba de pasar.

Beed asintió con unos movimientos rápidos de cabeza y se aproximó al cadáver.

Aferró el cuerpo de Jerry por el cuello de la camisa y lo arrastró hacia la puerta del fondo, por donde desapareció.

Max se dejó caer en el sillón y lió un cigarrillo con parsimonia.

Poco después volvió Beed con las manos vacías.

El aspecto del suplantador de Eneas Nelson había mejorado y el estremecimiento que lo sacudiera minutos antes había desaparecido Beed conocía todos los resortes de la extraña mentalidad de Max Colter y sabía que ahora no había ningún peligro. Sí, Max era un tipo que, pasado el primer arranque era tan suave como un polluelo recién salido del cascaron. La aparición de Jerry y su inmediata muerte había relajado los nervios tensos del hombre más temido en Weend Valley.

—¿Qué te parece si echamos un trago, Max? —Beed sacó una botella y dos vasos del cajón.

—No quiero beber ahora, Beed. Necesito pensar. —Y pasados

unos segundos, agregó—: Te daré la cuarta parte de lo que saque, Beed. Pero de ahora en adelante prepárate a representar a Eneas Nelson de firme. No te vas a quitar la barba ni para dormir.

—Tú mandas, Max —sonrió Beed.

Los dos hombres bebieron sendos vasos de *whisky*.

CAPÍTULO VII

Bing Halifax tiró de las riendas y detuvo el caballo a la vez que levantaba la mano por encima de la cabeza.

—¡Alto, muchachos! —gritó—, hemos llegado al lugar de despedida de Tony.

Rió con fuerza celebrando su propio chiste y vio con complacencia que los hombres que flanqueaban a Tony Lead le coreaban.

Acababan de salir a un llano amplio y descubierto donde la hierba crecía un palmo del suelo, dejando a sus espaldas el bosque que rodeaba la fortaleza de Eneas Nelson. Aquel lugar en el corazón mismo de la parte alta de Weend Valley.

Lead lanzó una ojeada a su alrededor y se vio cercado por los forajidos de Nelson.

Durante todo el camino había esperado la posibilidad de escapar por entre los árboles, pero los hombres de Nelson, incluido el propio Halifax, lo habían rodeado de tal modo que, de intentar una jugarreta, lo habrían asado en el acto.

Bing Halifax se percató de la mirada de Lead y volvió a reír nuevamente.

—Te debes sentir importante, ¿eh, tipo listo? Tienes a tu alrededor a los mejores hombres de Nelson. Menudo revuelo has levantado en Weend Valley.

Te aseguro que si todos los días fueran así no los pasaría tan aburridos.

Tony no replico, muy a pesar de Bing, quien se desvivía por hacer perder los estribos al prisionero.

—Bueno, chico —continuó Bing—. No ha sido mala la idea del viejo Nelson al mandar que te colguemos en la Encina del

Ahorcado, para ejemplo de todos esos papanatas del valle. Pero ¿sabes una cosa?

Tony no despegó los labios, limitándose a hacerse cargo de la situación con el rabillo del ojo.

—Te diré lo que pienso —continuó Halifax—. Me hubiese gustado rellenarte las tripas de plomo para ver la cara que ponías. Tú eres de esos tipos que da gusto de ver morir con el «Colt» en la mano.

En la mirada de Tony apareció un ligero brillo de interés.

—Si tanto te gusta, Halifax, podríamos hacer la prueba. No me hago a la idea de morir ahorcado como un cuatrero.

Halifax empezó a reír entre dientes, pero su risa fue aumentando de volumen hasta convertirse en una ruidosa y larga carcajada.

—Eres el tipo más gracioso que he conocido en mi vida —pudo decir mientras se tomaba la cintura con ambas manos.

—¿Por qué te choca tanto, Halifax?

Bing parpadeó repetidas veces para eliminar las lágrimas que habían acudido a sus ojos.

—¿Te has creído que soy tonto, Tony? Tú éstas esperando la ocasión para apretar la culata de un «Colt». Sí, muchacho. Estás, desesperado y sabes que ésa sería la única oportunidad para largar aunque sólo fuera un plomo. Y procurarías mandármelo a mí por encima de todo ¿verdad, pequeño?

Tony apretó los labios al ver esfumarse una remota posibilidad.

—Puedes tener la seguridad de que es así.

El tono que empleó Lead fue suficiente para que Halifax experimentara un nuevo ataque de risa.

—Ya sé que me tienen ganas, Tony, pero te quedarás con ellas. Si planteamos un duelo no te dejaré tocar revolver. No obstante, conozco tus mañas y es posible que nos dieras trabajo para volverte a cazar. No, muchacho. Además, si Nelson se entera de que no obedecemos a rajatabla sus órdenes lo pasaríamos todos mal. ¡Eh, Harry, trae la cuerda!

Uno de los jinetes se destacó a la derecha de Tony.

—Aquí la tengo preparada. Bing. Primero hay que atarle las manos.

Halifax sacó el «Colt» y apunto al pecho de Lead.

—Que lo haga Red —ordenó.

Tony vio acercarse a un tipo picado de viruela y por el hedor que despedía dedujo que no se había lavado en los últimos meses.

Red se inclinó sobre la silla de su caballo y fue a atar las manos del prisionero con el rostro torcido por una sonrisa que lo afeaba aún más.

De pronto, Tony saltó como si lo hubiera empujado un muelle oculto en el asiento de la montura y apresó con ambos brazos a Red.

El choque del cuerpo de Tony empujó a Red en la silla en el preciso momento en que el revólver de Halifax escupía una llamarada que rozó el cuello de Tony.

Los dos hombres cayeron al suelo fuertemente trabados, mientras oían las maldiciones de Halifax.

Tres de los jinetes sacaron sus revólveres e hicieron fuego, pero el caballo de Red se plantó sobre sus patas traseras y cubrió momentáneamente a los caídos, aumentando la confusión.

Tony se incorporó de un salto manteniendo a Red delante de él como si fuera un escudo y esgrimió uno de los revólveres que le acababa de quitar de la funda.

—¡Apártate de él, Red! —gritó Halifax, la cara congestionada por la cólera.

Red permaneció quieto, seguro de que el fulano que lo aprisionaba le partiría el espinazo si intentaba algo.

Tres de los forajidos se dispusieron a disparar, pero el revólver que empuñaba Lead empezó a crepitar y se derrumbaron de las sillas como si fueran muñecos.

Los juramentos de Halifax se entremezclaron con las detonaciones.

—¡No escaparás, puerco! —Bing Halifax apretó el gatillo un par de veces.

Tony notó que Red se estremecía al recibir los impactos, pero mantuvo contra si el cuerpo del forajido que por momentos parecía aumentar de peso.

Los compañeros de Halifax, imitaron su acción y pusieron a coro los revólveres en una descarga cerrada que fue recibida de lleno por Red.

Tony vio de reojo los primeros árboles a pocos pasos de él y sintió que la boca se le secaba por la ansiedad.

Disparó de nuevo y voló la cabeza de otro de los forajidos.

Entonces soltó el cuerpo inerte de Red que sólo le servía de lastre y pegó un salto hacia el primer árbol.

Mientras corría entre los pinos repuso la carga del revolver con la munición de la canana que todavía conservaba e hizo luego al azar.

Un par de veces estuvo a punto de ser alcanzado por los proyectiles de los jinetes de Nelson, pero movió las piernas internándose donde abundaban los pinos pequeños y era más difícil la persecución a caballo.

Quince minutos después salía por el otro lado del bosque.

Oyó en la lejanía las voces de sus perseguidores y se apoyó contra un pino centenario con el resuello cortado.

De pronto, llego a sus oídos el choque de cascos contra el suelo y todos sus músculos se pudieron nuevamente en tensión.

Se le escapó un respingo al ver pasar ante sus ojos un vehículo de cuatro ruedas tirado por dos caballos.

Aunó las fuerzas que le quedaban y se lanzó en dirección al ligero carromato, imprimiendo a sus piernas la máxima velocidad.

Un par de veces tropezó en el recorrido y trastabilló a punto de derrumbarse en el suelo, pero al fin alargó los brazos y tocó la trasera del vehículo.

Con el resto de energía de que disponía dio un salto y se dejó caer dentro.

Dejó escapar el aire contenido en sus pulmones y se quedó tendido, notando que el traqueteo del vehículo le molía todos los huesos, pero permaneció en aquélla y llegó a perder la noción del tiempo.

Bing Halifax detuvo la cabalgadura en las afueras del bosque y se enjugo con un gesto de rabia la espuma que le cubría la boca.

Sus pupilas de buitre recorrieron la llanura, de pronto, dio un respingo al descubrir a lo lejos un vehículo tirado por dos caballos.

—¡Eh, muchachos! ¡Ese tipo debe haberlo visto!

Espoleó al mismo tiempo su cabalgadura y los jinetes lo siguieron.

Unos minutos después daban alcance al vehículo.

Bing disparó el revólver al aire pan hacerse oír por encima del infernal traqueteo del carromato y dio la vuelta para enfrentarse

con el que iba al pescante.

—¡Estúpido, para de una ver o le vuelo la cabera! —gritó—. ¿Es que estás sordo?

Mauren Wilson tiró de las riendas y con un gesto de furia se apartó una guedeja que le caía sobre un ojo.

—¿Qué es esto? ¿Un atraco?

Bing alzó las cejas.

—¡Si es el pastel con faldas de Weend Valley!

La barbilla de la joven se alzó con rapidez.

—¿Puede decirme porque me ha detenido? No quiero el menor trato con ustedes.

Bing Halifax la recorrió de arriba abajo con la mirada ávida y la expresión de enfado que persista en su fea cara pareció suavizarse a la vista de la hembra.

—No te gustamos, ¿verdad, encanto? —sonrió—. Pues bien, tú a mí sí me gustas. Me llevas de cabera ricura.

Mauren entornó los ojos observando con repugnancia al pelirrojo Halifax.

—¿Me han parado para decirme eso?

Bing sacudió la roja melena en un gesto negativo y ensayó una sonrisa que según él hacía estragos entre las mujeres.

—Todo eso te lo diré cuando me vengas más a la mano, nena. Quiero saber otra cosa.

—Hable pronto; tengo prisa.

—De acuerdo, encanto. ¿Has visto a un sujeto corriendo como un conejo por estos andurriales?

—No.

—Haz memoria, ricura.

—Le repito que no he visto a nadie.

La boca del pelirrojo se torció.

—No puede ser, bombón. Precisamente tenéis que haber coincidido justo en estos últimos minutos.

El busto de la joven se irguió con indignación.

—Sólo tengo una palabra, forajido. Si le he dicho que no un me he tropezado con nadie, puede estar bien seguro, la gente honrada no acostumbramos a decir mentiras.

Bing chascó la lengua.

—Bien, muñeca, no te enfades. Es posible que ese fulano este

escondido en algún agujero.

—Eso es cuenta suya —replicó la joven, e hizo un movimiento con las riendas para indicar que iba a ponerse en marcha.

Bing se rascó una de las patillas rojizas.

—Hemos de creerlo, muchachos —dijo volviendo a medias la cara—. Aunque me da el olfato que el tipo no debe estar lejos de nosotros.

Mauren contempló al conjunto de jinetes malolientes y miró filialmente a Bing.

—Debo ser muy importante para ustedes esa persona que buscan —dijo y se mordió los labios lamentando haber prolongado el diálogo.

Halifax ladeó la testa y sonrío.

—Eres curiosa como todas, ¿eh? Bien; es posible que conozcas al menos su nombre. Se traía de ese fulano que ha querido oponerse al viejo Nelson y ha empezado el día matando a varios de los nuestros.

Mauren experimentó un sobresalto, pero procuro no traslucirlo.

—Se refieren a Tony Lead.

—Diste en el clavo, ovejita. Él mismo. Pero no puede interesarte mucho todo esto. Se trata de un asesino.

—¡No es un asesino! —exclamó Mauren, sin poder contenerse.

—Conque no, ¿eh? —sonrió Bing—. No tardarás en verlo convertido en pulpa molida por las balas. Tengo varios hombres que lo están buscando por el otro lado. Sí, nena, es un cochino asesino. Apenas hace media hora acaba de liquidar a cuatro de mis mejores hombres.

Los labios rojos y húmedos de Mauren Wilson temblaron durante unos segundos antes de poder dar forma a las palabras.

—¡Ustedes son los tipos más sucios que he visto en mi vida! Dice eso porque Tony Lead les ha demostrado que es el hombre más valiente de todo el valle, justo el tipo que necesitaban para que le ajustasen las cuentas. Estoy segura de que el señor Lead les dará lo que se merecen apenas se les unan unos mantos rancheros de Weend.

—Estas de su parte, nena ¿eh, Nena?

Mauren apretó los dientes.

Si y le aseguro que, si lo hubiese visto pasar por aquí, les habría indicado a ustedes la dirección contraria. He visto pocos hombres

de su temple y no querría por nada del mundo que le sucediera nada malo.

Halifax entrecerró un ojo con suspicacia.

—Apuesto a que el chico te gusta.

—¿Y qué si me gusta? —retrucó la joven furiosa.

Halifax soltó una risita.

—Lo sentiría por ti, nena. Ese Tony Lead vera muy pronto un montón de gusanos. Harías mejor negocio en fijarte en un tipo con porvenir.

—¿En usted, por ejemplo, Halifax?

—¿Por qué no, pequeña? Soy un fulano que sabe lo que se hace, y muy pronto llegare a ser alguien importante.

Mauren miró un rato la cara sonriente de Halifax y de pronto soltó un salivazo al polvo.

Halifax lanzo una carcajada.

—Eso es lo que me gusta de ti pequeña; tu genio.

—¡Váyase al diablo! —exclamó Mauren y fustigo los caballos que emprendieron una marcha veloz.

Siguió oyendo a sus espaldas la risa soez del forajido coreada ahora por sus compañeros.

Un poco más allá, el camino trazaba una curva y el carromato pegó un brinco cuando una de las ruedas delanteras tropezó con una piedra.

—¡Infiernos! —Oyó una voz varonil.

Volvió la cabeza sobresaltada al tiempo que corría la mano hacía la funda del revólver, pero en eso vio aparecer por el hueco de la lona al mismísimo Tony Lead.

—¡Usted!

Tony se apoyó en el tablón trasero del pescante.

—En carne y hueso.

—¡Entonces es cierto que esa gentuza ha estado a punto de echarte el guante!

—Me hicieron su prisionero, pero logré escapar.

—¿Cuántas vidas tiene, señor Lead?

—Confieso que hubiesen acabado con todas ellas de no haber sido por usted.

—En cuanto no lo encuentren por aquellos alrededores llegarán a la conclusión de que se metió en mi carro.

—Pero entonces no les servirá de nada.

Tony paso por encima del pescante y ocupó un lugar junto a la joven quien lo miró ladeando ligeramente la cabeza.

—¿Qué es lo que va a hacer ahora?

—Quizá decida quedarme una temporada en su valle.

—¿Está en sus cabales?

Tony le sonrió.

—Nunca me ha gustado que me maltraten y esos tipos se han empeñado en sacarme de mis casillas.

—¿No cree que va a resultar demasiado peligroso para, usted?

También puede serlo para ellos.

—Son muchos. Tony.

Así será más divertido.

Hubo un silencio y luego él dijo:

—Tú también me gustas a mí.

La joven lo observó con asombro.

—¿Qué es lo que dice, señor Lead?

—Oí lo que le dijiste a Halifax. ¿Es que no lo recuerdas? Yo estaba ahí dentro.

Mauren enrojeció las mejillas.

—No sé a qué se refiere.

—Te preguntó si yo te gustaba, y Bueno: diste a entender que yo no te era indiferente.

—Oiga, ¿sabe que es usted un presuntuoso? Contesté de aquella forma a Halifax como le podía haber dicho cualquier otra cosa.

De pronto él le pasó un brazo por la espalda y la atrajo contra sí, besándola fuertemente en la boca.

Ella le propinó un empellón en el pecho, separándose.

—¡Oh! —exclamó. ¡Oooh!

—Siempre he sido partidario de que un hombre y una mujer pierdan el menor tiempo posible —sonrió Tony.

—¡Los he conocido atrevidos, pero usted es el mayor de todos!

La joven inspiró profundamente y de pronto se echó sobre Tony.

Lead, que no esperaba aquella embestida, salió despedido del pescante. Trató de agarrarse a algo, pero no pudo lograrlo y cayó dando un par de vueltas en el suelo. Finalmente quedó sentado en tierra mirando al carruaje que se alejaba. Justamente en ese instante Mauren se dejó ver por la parte delantera.

—¡Yo siempre he sido partidaria de frenar los pies a los tipos frescos! —gritó, y tras pronunciar estas palabras se puso a fustigar a los caballos para que aumentasen el ritmo de su carrera.

Tony Lead se levantó tocándose la cadera donde había recibido el golpe, y con los ojos puestos en vehículo que rodaba entre una ola de polvo sus labios empegaron a sonreír.

CAPÍTULO VIII

El doctor Arthur Kay tenía su gabinete de consulta en el poblado de Weend Valley, que por otra parte no era más que un pequeño enclave de doce casas donde había una escuela, dos almacenes generales, una herrería y cinco bares. También cabe destacar la barbería de Bravo Lestrade, al decir de las gentes, el mayor mentidero de todo el país.

Aquella tarde, el doctor Kay acompañó hasta la puerta de su casa al ranchero Bill Middleton, uno de sus enfermos más recalcitrantes. Middleton se quejaba del frió, del calor, de los días buenos de los días malos y se quejaba porque en su opinión todo dañaba su cuerpo.

—Recuérdalo Bill —decía el médico—; debes tomar esas pastillas.

El doctor era el primero en saber que aquellas pastillas no pondrían bueno a Middleton, ya que el único mal del ranchero consistía en un exceso de bilis que le hacía ver el mundo como un infierno.

Middleton dio una cabezada.

—Descuide doctor. Me tomare el frasco entero.

—Reventarás, Bill.

—Así acabare antes.

El doctor no se tomó muy en serio porque sabía que Middleton administraría bien sus grageas ayudándose con abundantes raciones de *whisky*.

Middleton subió a su caballo y agitó la mano en el aire desde la otra parte del jardín. De pronto en la cancela apareció la figura de un joven a quien Kay ya conocía.

—¡Que me emplumen! —exclamo el doctor—. ¿Es cierto lo que

ven mis ojos?

Tony Lead subió al porche sonriendo.

—¿Qué tal le va, doctor?

Arthur Kay siguió parpadeando confuso.

—Me gustaría creer en los fantasmas, pero como sé que no existen, no tengo más remedio que llegar a la conclusión de que usted se libró de sus verdugos, señor Lead.

—Permítame felicitarle por su lógica, doctor.

—Pero el hecho de que venga a mi casa me inclina a creer que ha sido herido.

Tony se acarició los cuartos traseros recordando a la monísima Mauren Wilson.

—No me vendría mal algunos de sus ungüentos, doctor; pero la verdad es que no me he llegado aquí para eso.

Kay enarcó las cejas.

—¿Cuál es el motivo, Lead?

—¿Qué le parece si me invita a entrar en su casa? He hecho unas cuantas millas andando y antes de eso los esbirros de Nelson me hicieron sudar un poco.

El doctor Kay lo precedió hasta su gabinete, donde Tony se dejó caer en un sillón de cuero mientras emitía un largo suspiro.

Kay ocupó una silla detrás de su mesa de trabajo.

—No sabe cuánto me alegro de que haya salido con vida, Lead.

—Yo también.

—¿Perdió su caballo?

—Se lo quedaron esos granujas.

—No se preocupe. Los ciudadanos de Weend Valley están agradecidos por su actuación y me será fácil conseguirle uno para que pueda proseguir su viaje.

—No va a haber viaje, doctor.

—¿Cómo?

—Oyó bien pasare una temporada en Weend Valley.

Kay sonrió suavemente.

—Celebro que este de broma, Lead. En cuanto le vi la primera vez me dije que era usted un tipo simpático.

—Gracias, doctor; pero le aseguro que estoy hablando en serio. Justamente me llegue aquí porque, para iniciar mi trabajo, necesito un poco de información.

—¿Un trabajo? ¿A qué trabajo se refiere, señor Lead?

—Voy a meterle mano a Eneas Nelson, a Max Colter y a toda su gentuza.

El doctor Kay se quedó boquiabierto.

—¿Piensa hacer todo eso solo, señor Lead?

Me vendrían bien un escuadrón de caballería y un par de cañones, pero me temo que el Gobierno de Washington no estará dispuesto a prestármelos.

El doctor lanzó una fuerte carcajada.

Es un buen chiste, muchacho.

—¿Va usted a darme esa información, doctor?

Kay dejó de reír instantáneamente.

No le comprendo.

—Lo entenderá enseguida, señor Kay. Tengo entendido que usted asiste al señor Nelson.

—Bueno, sí; pero voy por allí muy de tarde en tarde. ¿No se lo dije?

—Yo sólo he visto una vez a Nelson, doctor y fue hoy. Me llamó la atención una cosa.

—¿El qué?

Tony contestó con otra pregunta.

—¿Qué edad tiene Nelson, doctor?

Kay hizo un gesto ambiguo.

—¿Quién lo sube? Lo mismo puede tener sesenta, que setenta años… Nelson da la impresión de ser una tortuga. ¿Qué tiene que ver?

—¿No le parece raro que Eneas Nelson conserve la piel tan estupenda?

—¿Qué dice?

—Me fije en su cara y en sus manos y su piel no corresponde a la de un hombre de tanta edad.

Bueno —sonrió el doctor—. Eneas Nelson ha pasado muchas décadas al aire libre. Todo SU cuerpo se curtió al sol y los elementos.

Tony entrecerró los ojos observando fijamente AL doctor, quien volvió a sonreír mientras agregaba:

—En esta tierra se dan esa clase de fenómenos. ¿Vio al hombre que se marchaba cuando usted llegó?

—Sí, pero no me fijé mucho.

—Es Bill Middleton, un ranchero muy conocido en Weend Valley. Cualquier persona que no fuese de aquí le calcularía una edad de unos cuarenta y cinco años.

—Es la que yo admitiría que tiene —concedió Tony.

—Créalo o no, ha cumplido ya los sesenta y dos.

Tony sacudió la cabeza mientras se ponía en pie.

—Caramba, me deja usted de una pieza, doctor.

Kay también se enderezó riendo jovialmente.

—Hay otros ejemplares como Middleton. Esta Jonathan Prior, que ha cumplido los setenta y cinto y con cada tipo que se tropieza lo desafía a echarse un pulso…

—Bueno, doctor, lamento haberle molestado.

—No hay de qué, muchacho. Ya sabe que me tiene a su disposición.

Kay fue con Tony hasta la puerta y al llegar allí pasó un brazo por los hombros de joven.

—Todos los hombres honrados de esta comarca conservarán un buen recuerdo de usted, Lead, y yo entre ellos.

—¿Es esto una despedida, ductor?

—¡Oh, no! Ya sé que se va a quedar aquí, pero eso no hará cambiar la estima en que todos le tenemos.

—Es usted muy amable. Hasta la vista, doctor.

Tony abandono la casa y echó a andar por la acera de tablones. Poco después penetraba en el salón Edén. A la derecha había un par de mesas ocupadas por algunos tipos y a la izquierda estaba el mostrador, ante cuya barra se apoyaban tres fulanos que reían alguna ocurrencia.

Et tipo que atendía a la clientela era un hombre de cabeza calva como una bola de billar, cejas rubias y hocico saliente.

—Un *whisky* —pidió Tony.

Tony bebió un trago sintiendo que se abrasaba. Sin lugar a dudas, si caía alguna gota de aquel *whisky* al suelo haría un agujero.

Las hojas de vaivén se abrieron dando paso a un tipo estrafalario, un individuo con barba que le llegaba al ombligo y greñas que no debían haber sido cortadas desde que cumplió los dieciocho años, fecha ya muy lejana, porque el fenómeno en cuestión parecía frisar en los sesenta.

El recién llegado poseía unos ojillos ratoniles y eso era lo único que mostraba de su cara, porque todo lo demás estaba cubierto de pelo. Hizo un saludo agitando la mano a los tipos que había en las mesas, los cuales, no más verlo, habían empezado o reír. Luego el barbudo se acercó al mostrador deteniéndose al lado de Tony.

—Anda, Pat —dijo refiriéndose a Bola de Billar—, ponme un vaso.

—Se acabó tu crédito, abuelo —contestó el aludido.

—¿Qué es lo que dices, Pat?

—Ya mu debes seis dólares.

—Que sean seis dólares con veinticinco.

—No abrí mi negocio para hacer obras de caridad.

—¿Habéis oído esto, chicos? —replicó el viejo, dirigiéndose a todos los presentes—. Vivo cuarenta a en esta región y nadie me ha negado jamás un *whisky*… ¿Qué es lo que pasa ahora en Weend Valley? En mis tiempos los amigos eran amigos.

—Y todos pagaban lo que se bebían —rezongó Pat.

La clientela prorrumpió en risotadas y al instante el abuelo adopto una actitud belicosa, los brazos arqueados y los ojos llameantes.

Arda, reíros… Es lo último que me faltaba por saber de vosotros… Vivís como conejos, atemorizados, esperando en todo momento la aparición de ese maldito Eneas Nelson, a quien no sois capaz de hacer frente y sólo se os ocurre reíros de un pobre viejo… De Burt Rice —aquí se tocó el pecho pegándose dos fuertes palmadas—, a quien deberías haber levantado una estatua en mitas de la calle Mayor…

Los parroquianos rieron con más fuerza que antes.

Entonces Burt Rice dio unos pasos hasta colocarse en el centro de la estancia.

—Sí, yo fui el segundo en llegar a Weend Valley y no fui el primero porque se me adelanto Eneas Nelson… En aquellos tiempos Eneas era una persona con la que se podía tratar. Sí, amigos; yo, él y Joe Turner fuimos el trío de tipos que nos jugamos la piel desafiando a los indios y a los forajidos de la frontera… Aún recuerdo el día en que tuvimos que vérnoslas con la pandilla de Quantrell. ¡Y Vive Dios que Eneas era un gran tipo! Sólo un hombre tiene la culpa tío lo que pasa ahora. ¡Max Colter!

Uno de los hombres que había en las mesas se levantó señalando al abuelo con el dedo.

—Déjale de historias, Burt. Max Colter es sólo un mandatario de Eneas Nelson… Es tu viejo amigo el que no las está haciendo pasar mal.

Burt pareció quedar desconcertado durante unos instantes, pero enseguida reaccionó.

No puedo creer que Eneas Nelson pueda ser el tipo que no esté arruinando. Murray.

—¿No? ¿Y por qué no has salido ya de dudas has tenido palabras con él? Anda, lárgate a su rancho y pregúntaselo.

—No he hablado con Eneas Nelson desde hace seis años y no miento si os digo que he intentado llegarme allá medio centenar de veces, pero siempre ha habido alguien que me ha impedido llegar hasta Eneas.

—¡Al diablo con eso! Es el propio Eneas quien ha dado orden de no dejar que le acerques. Y va puedes sentirle orgulloso de tu viejo compinche.

Burt Rice soltó un escupitajo sobre una salivadera que sonó como un disparo.

—Eneas, Turner y yo éramos las tres mejores persones que han llegado a esta parte del país.

—Tú eres el único que puede decir eso, Burt. Eneas se ha convenido en un salvaje y Joe Turner desapareció del lugar hace veinte años.

—Se marchó a correr aventuras porque pensó que Weend Valley era ya una balsa de aceite.

—¡Menuda balsa de aceite! ¿Qué os parece esto, muchachos?

—Os digo que es Max Colter el villano y que Eneas Nelson no tiene nada que ver con él.

—Claro que sí; tú crees que Eneas Nelson es una especie de prisionero de Max.

—Es lo que pienso.

—Sólo eres un viejo testarudo, Burt Rice. ¿Es que no has oído a Rufus Watson? Él fue con Jerry Carter y Van Bruce a visitar a Nelson y los tres aseguran que jamás conocieron a un tipo más cruel. Y si no te merecen ningún crédito nuestros compañeros, puedes hablar con Mauren Wilson que también fue a su casa…

Anda, pregunta a ellos quien es Eneas Nelson.

Hubo un silencio que rompió el calvo que estaba detrás del mostrador.

—Creo que aquí tenemos un buen testigo —estaba mirando a Tony—. Por la descripción que me dieron de Tony Lead apuesto y que es usted.

—Sí, yo soy —admitió el joven.

Por unos instantes todos contemplaron admirativamente al forastero.

Murray aprovechó esa oportunidad para martillear en caliente.

—Bueno, Burt, si no te fías de la gente que conoces, al menos creerás a este muchacho que ha tenido que vérselas con los hombros de Nelson.

Burt Rice seguía observando a Tony.

—¿Es cierto, señor Lead?

—Sí, me he enfrontado con Max Colter, Bing Halifax y otros ejemplares de su manada.

—¿Vio a Nelson?

—Sí.

—¿Y qué habló con él?

Tony hizo una pausa desparramando la mirada por los hombres que esperaban su respuesta. Por último, depositó sus ojos en el rostro barbudo de Rice.

Sólo le puedo decir que Nelson me condenó a muerte.

—¡No! —exclamó el abuelo, reflejando una gran decepción.

—Si, Burt. Ordenó a sus hombres que me colgasen de la Encina del Ahorcado, pero yo aproveché una oportunidad para largarme.

Cayó otro silencio sobre el local de pronto Murray lanzó una carcajada.

—¿Qué me dices ahora, abuelo? ¿Sigues pensando que Nelson es un prisionero de Max Colter?

Rice fue a decir algo, pero en última estancia giró sobre sus talones y echó a andar rápidamente saliendo del establecimiento.

Tony se dirigió a Bola de Billar.

—¿Puede venderme una botella de *whisky*?

Naturalmente —sonrió Pat—. Y también se la puedo dar al precio de costo. Será una demostración de que es usted bien recibido en mi casa.

—Gracias, Pat.

Tony pagó los cinco dólares que le pidieron por la botella y después de hacer un saludo general de despedida salió a la calle.

No vio por ningún lado a Burt Rice y siguió avanzando por la acera de tablones hasta que esta termino y entonces tuvo que adoptar alguna precaución para no meter las botas en el fango.

Un poco más allá estaba la herrería a cuya puerta había un hombre ocupado con la rueda de un carro.

—Buenos días, amigo.

El herrero, un hombretón de fuertes piernas y largos brazos, se enderezó observando al joven.

—¿Qué desea?

Tony miró a un recinto donde había media docena de caballos.

—¿Vende esos animales?

—Desde luego.

—¿Puedo elegir?

—Hágalo.

Me imagino que tendrá todo lo demás para que pueda montarlo…

—Le pondré un previo especial.

Tony eligió un potro color canela de fina estampa.

—¿Por cuánto lo deja? —preguntó al herrero, que lo había acompañado hasta el recinto.

—Veintidós dólares.

—No asalté ningún Banco, amigo.

El herrero se acarició, el mentón y finalmente dijo:

—Incluyendo la silla y todo lo demás.

—Está bien. —Tony se sentó en una piedra y se quitó la bota derecha, de la que extrajo un fajo de billetes que estaba envuelto en un papel.

El herrero lo miraba asombrado.

Tony entregó los veintidós dólares y devolvió el fajo a su escondite poniéndose otra vez la bota mientras explicaba:

—Hay un hueco en el forro que me hice a propósito para guardar la plata.

No sabe lo útil que resulta para viajar por ciertos lugares.

Su interlocutor sonrió complacido.

—Eso equivale a una presentación. Usted es el chico que se

burló de los esbirros de Eneas Nelson.

—Al parecer, me estoy convirtiendo en un personaje famoso.

—Mi nombre es Jab Bargo —alargó al joven tres billetes de a dólar—. Creo que me equivoqué en la suma total. El precio era diecinueve dólares.

—Métalos en la hucha de sus chiquillos —repuso Tony, y montó en la silla.

—Es lo que haré —sonrió mi Jab Bargo—. Gracias en nombre de ellos, señor Lead.

Tony dirigió una mirada hacia las casas. Sólo vio a unos niños que estaban jugando frente a uno de los almacenes.

—¿Oiga, Bargo? ¿No ha visto por aquí a Burt Rice?

—Poco antes de que llegase usted lo vi pasar hacia su rancho.

—¿Dónde está?

—Siga hacia el norte durante tres millas. Llegará a una colina rocosa de color pardusco, Justo detrás de ella hallará el rancho de Burt.

—Gracias, Jab.

Tony sometió a su cabalgadura a una prueba lanzándola a veloz carrera en la dirección que le había sido señalada por el herrero.

Observó la colina de color pardusco y la rodeó por la derecha. Enseguida descubrió el rancho de Burt Rice, que, tal como esperaba, no ofrecía un aspecto muy brillante. Un gran trozo de cercado estaba por los suelos y nadie se había ocupado de volverlo a su sitio. A la derecha de la casa había un recinto en el que dormitaba un rebaño de unas cincuenta reses.

Vio a Burt Rice en el porche columpiándose en una mecedora.

El abuelo se puso en pie al oír los cascos del caballo que se acercaba.

Tony saltó de la silla y se enfrentó con el viejo.

—Se fue muy aprisa del poblado, Burt.

—Usted decidió en aquella disputa y nada tenía que hacer allí.

Parece que sentía usted un gran cariño por Eneas Nelson.

Hace usted bien al hablar así, como si Eneas Nelson estuviese muerto.

El joven subió al porche y después de pasarse el dorso de la mano por la mejilla dijo:

—Es posible que usted tenga razón, Burt.

—¿Respecto a qué?

—Eneas Nelson pudo ser un buen hombre.

—¿Supone usted que él se ha vuelto loco o algo así?

—No, Burt. Estoy suponiendo que la persona con la que yo hablé y que me condenó a muerte no fue realmente Nelson.

Burt abrió la boca y Tony pudo ver sus dientes mellados.

—Oiga, ¿de dónde ha sacado eso? El doctor Kay ve a Nelson con alguna frecuencia y, por lo tanto, él vendría a saber si ha habido alguna engañifa.

—¿Y si Kay formase parte de la combinación?

—¡Oh, no, usted está equivocado…! No puede ser.

—¿Por qué no ha dejado Nelson que usted se llegue a su lado?

—Quizá porque yo le cantaría las cuarenta —repuso el viejo con voz débil.

Tony sonrió porque se dio cuenta de que había llevado la duda a Rice. Bajó del porche y alcanzó la botella de *whisky* que había comprado en el pueblo y que guardaba en las alforjas.

Subió otra vez arriba y mirando al viejo sugirió.

—¿Qué le parece si usted y yo habláramos un rato mientras liquidamos la botella…?

Burt Rice empezó a sonreír.

—Que me emplumen si usted no es de los míos, Tony Lead.

Los dos hombres entraron en la casa.

CAPÍTULO IX

—¿Se ha vuelto usted loco, Lead? —exclamó Burt Rice.

La botella estaba ya por la mitad. El joven y el viejo estaban sentados al lado de una mesa, en una habitación muy pequeña cuyos muebles estaban llenos de polvo y cuyo suelo no se lavaba desde hacía muchos meses.

—La idea es buena —contesto Tony—. Y valdrá la pena realizarla para que sepamos a qué atenernos respecto a Eneas Nelson.

—Pero ¿cómo se va a hacer pasar usted por Joe Turner, muchacho? Usted no tendrá más de veintisiete años y Turner debe tener mi edad, sesenta y cinco años.

—Si yo no me equivoco y el actual Nelson es un tipo disfrazado, él y yo estaremos a la par, mejor dicho, habrá una diferencia favorable a mí, y es que procuraré representar mi papel mejor que él —el joven hizo una pausa—. Debo advertirle que durante un par de años trabajé como actor en una compañía de teatro en Kansas City.

Rice tomó la botella y escancio en el vaso una buena ración de *whisky* que hizo desaparecer en su garganta.

No me gusta el plan —comentó—. Apuesto a que lo convierten en un saco de plomo.

—Es mi pellejo y estoy dispuesto a arriesgarlo.

—¿Por qué Tony?

—Quizá en un principio sólo sentí curiosidad por lo que ocurría aquí, pero luego esos bastardos me pusieron la mano encima y quisieron darme el pasaporte.

—¿Nada más?

—Eso es todo.

No ha hablado para nada de la chica.

—¿Que chica?

—No se haga el tonto. Eddie Pulver me corrió lo que le pasó con Mauren Wilson —aquí Burt guiñó un ojo—. Bonita ¿eh?

—No está mal.

—Si usted me presenta otra como ella soy capaz de ahorcarme con mi cinturón.

—No se ahorque, Burt, porque le necesito.

—¿Para qué me va a necesitar?

—Es la mar de sencillo. Usted y Joe Turner eran muy amigos.

—Sí.

—Muy bien. Usted me presentara a la comunidad.

—¡No!

—Quiero decir que iremos juntos al poblado y usted empezará a dar gritos diciendo que Joe Turner ha regresado. Así se empezará a correr la voz. Eso facilitará mi trabajo.

Rice se rascó la pelambrera.

—Me parece que hemos llevado una vida muy tranquila hasta que ha llegado usted.

—¿Prefiere que Max Colter y sus secuaces sigan explotándolos?

—¡Oh no, eso no! Ya estamos hartos de esa gentuza.

—Entonces, manos a la obra Necesito una buena barba y una peluca.

—Sí. ¿Y de donde la vamos a sacar? Supongo en que no habrá pensado en que yo voy a sacrificar mi caballera y mi barba para dársela a usted.

—No serviría porque usted tiene que hacerse visible a mi lado, y si lo viesen sin sus greñas, todos sacarían la lógica conclusión —el joven hizo una pausa—. ¿No habrá alguien que nos quiera echar una mano a este respecto?

En la estancia reino un silencio. De pronto Burt hizo chasquear los dedos.

—¡Ya lo tengo! Mike Fox.

—¿Quién es Mike Fox?

—Un tipo que vive en una cabaña solitaria en las montañas. Se dedica a cazar zorros y cuando reúne un buen montón de pieles, se llega al poblado para cambiarlas por provisiones. Es propietario de una barba estupenda. Algunas veces, de lejos lo han confundido

conmigo.

—Muy bien, abuelo. Vamos allá, pero lo haremos por separado para que no nos vean juntos. Usted ira delante y yo cabalgaré detrás a una prudente distancia.

—Demonios, ¿cómo me ha envuelto en este condenado lío? —Burt pegó otro tiento a la botella y después la tomó apretándola contra su pecho—. Es mejor que nos la llevemos por si es necesario convencer a Mike Fox.

Primero salió Burt Rice de la casa y emprendió camino hacia el este.

Tony Lead le dejó cobrar una ventaja de media milla y entonces fue detrás.

Llevaban ya quince minutos de viaje en dirección a las montañas que se alzaban al fondo cuando Tony oyó correr un carruaje tras de un pequeño montículo que había a la derecha. Miro hacia ese lado y vio aparecer en lo alto el vehículo, a cuyo pescante iba Eddie Pulver.

El ranchero también lo reconoció.

—Eh, señor Lead.

—¿Qué tal le va, Eddie? —Tony miró en la dirección que iba Burt Rice y lo vio que se había detenido en un conglomerado de rocas. El abuelo, al ver a Pulver, condujo su cabalgadura detrás de una roca.

Un torrente de aguas impetuosas bajaba de la montaña y serpenteaba por aquel lugar. Tony pudo oír perfectamente el fragor de los rabiones.

Eddie Pulver tiró de las bridas deteniendo el carruaje.

Mauren me contó que usted salió ileso y no sabe cuánto me alegro.

—Gracias, Pulver, pero ya terminó para mí el juego.

El joven vio que en la cara del ranchero se reflejaba una gran decepción.

—¿Quiere decir que se va, Tony?

—Sí, esto no es para mí. Son demasiada gente en contra.

—Comprendo.

—Si al menos ustedes se hubiesen unido para luchar contra Nelson y Max Colter, me habría animado a quedarme.

—Justamente me dirijo a casa de Guy Riordan para sugerirle

que nos organicemos. ¿Cambia eso su decisión, Tony?

—No la modifica en absoluto y a usted le convendría quedarse quieto, Pulver. Ustedes son seres individualistas y es muy difícil que pongan de acuerdo.

De pronto se oyó una fuerte galopada. Eddie Pulver estaba mirando en la dirección del poblado y de golpe exclamó:

—¡Por todos los santos del cielo! Ahí viene Bing Halifax con una docena de sus forajidos.

Tony doblo la cabeza y vio a lo lejos a los individuos, que parecían haberse percatado de su presencia y galopaban furiosamente hacia aquel lugar.

Eddie Pulver tragó saliva.

—Bueno señor Lead, celebro mucho haberlo conocido.

Tony sonrió porque aquellas palabras no le pillaban de sorpresa. Los rancheros Vivian asustados y en cuanto presentían el peligro se apresuraban a quitarse de medio.

—Buena suerte Eddie —dijo y espoleó su cabalgadura, la cual partió hacia el torrente.

Eddie se dio mucha prisa en apartarse de Tony y eso fue un acierto porque apenas lo hubo hecho, los hombres de Halifax empezaron a descargar sus revólveres.

Cien yardas más allá, vio que Tony iba a saltar el torrente por su parte más estrecha, pero de pronto el joven pareció ser alcanzado por un plomo. Abrió los brazos en cruz y se desplomó de la silla desapareciendo por la garganta.

El ranchero quedo sobrecogido por el pánico y tras un titubeo, movió otra vez las bridas del tronco de caballos y éstos emprendieron la marcha hacia el poblado.

El caballo sin montura continuó corriendo hasta desaparecer por entre las rocas.

Bing Halifax y sus secuaces llegaron al borde rocoso bajo el que se precipitaban las aguas.

—Bien —dijo Halifax—; el tipo se ha ido al otro mundo.

Alguien soltó una carcajada.

—A Max Colter le va a gustar mucho la noticia.

Halifax habló con jactancia.

—Ya le advertí a Max que acabaría con Tony Lead, aunque fuera lo último que hiciese en mi vida. Bueno, muchacho; lleguémonos al

poblado para que todo el mundo sepa cuál ha sido el final de Tony Lead. Eso nos va a servir de propaganda.

Seguidamente, los jinetes volvieron grupas y emprendieron el camino que seguía Eddie Pulver.

Al cabo de un rato, cuando los forajidos hubieron desaparecido, Rice apareció por entre las rocas montando su caballo y llevando de las bridas el potro color canela que Tony Lead había comprado.

El viejo se detuvo al borde del abismo y chasco la lengua diciendo.

—R I. P.

De pronto oyó una voz a la derecha.

—¿Por quién es el réquiem, abuelo?

Rice volvió rápidamente la cabeza y abrió mucho los ojos al contemplar sentado en una piedra a Tony Lead.

—¡No puede ser, muchacho! ¡Te vi muy bien cómo desaparecías por la sima!

—Se me olvidó decirle que soy especialista en saltos. Asómese un poco y observe el hueco que hay abajo, abuelo.

Rice improbó que, efectivamente, allá en la pared de la garganta había una gran oquedad. Entonces Tony prosiguió:

—Pude haber saltado fácilmente el torrente y luego me hubiese escondido entre las rocas por el mismo camino que siguió usted, pero ellos hubiesen continuado la persecución y usted estaba por medio. También pensé en otra cosa. Puesto que yo voy a adoptar un disfraz, me convenía morir.

Demonios, tienes un cerebro muy rápido.

—La vida me ha enseñado a pencar muy aprisa, Burt. Y eso es lo que me ha ayudado a salvar unas cuantas situaciones.

Tony desparramó la mirada por el horizonte sin divisar a nadie y entonces sugirió:

—¿Qué le parare si ahora continuamos nuestro camino paro ver a Mike Fox?

Rice se rascó las greñas diciendo:

—Ahora estoy decidido, Tony. Ya puede considerarme como su socio.

Tony lanzó una risotada y montó en su potro.

Ya era de noche cuando llegaron al lugar de la montaña donde se enclavaba la casa de troncos en la que vivía Mike Fox.

Lo puerta de la cabaña estaba abierta y pasaron al interior.

—¡Mike! —Clamó Burt, pero no le contesto ninguna voz.

Lo buscó en una habitación adyacente que el propietario de la cabaña utilizaba como dormitorio, pero tampoco estaba allí el cazador de zorros.

—Está bien —dijo el abuelo regresando al lado del joven—. Quizá ha salido para echar un vistazo a sus trampas, No tardará en volver.

—Aquí estoy —dijo una voz a sus espaldas.

Tony se volvió rápidamente llevando la mano a la culata del revólver, pero al instante quedó quieto observando el rifle que lo apuntaba, un rifle que era esgrimido por un extraño tipo Su barba y su pelambrera podrían competir en verdad con las de Burt Rice. Su vestimenta consistía en pedazos de cuero mal cosidos y calzaba sus pies con mocasines, lo que le había permitido a la cabaña si hacer ningún ruido. Sus ojos eran verdosos y brillaban como trozos de esmeralda.

—Hola, Mike —saludó Rice con voz jovial—. Este os Tony Lead, un gran amigo.

—No lo vi nunca antes de ahora —respondió Mike.

—Tony Lead quiere hacer un negocio contigo, Mike.

—Ha llegado en mala época. Los zorros padecieron una enfermedad el último invierno y han muerto como chinches. Sólo tengo media docena de pieles en la casa.

—No se trata de las pelambreras de los zorros, Mike. A él le interesa más la tuya.

—¿Cómo?

Tony le señalo la larga barba.

—Le compro sus pelos, amigo.

Mike miro al joven con ojos parpadeantes.

—Ya comprendo. Estás más loco que una cabra. ¿Por qué lo trajiste Burt? Esto es cuestión del doctor.

Tony sonrió moviendo la cabeza.

—Estoy en mis cabales, Mike, y mantengo lo que he dicho antes. Le compro su barba y un trozo de su cabellera.

Mike Fox ocupó una silla desvencijada y Burt dijo:

—Es cierto, Mike. El muchacho te compra el estropajo.

Tony se dejó caer en el suelo porque no había más sillas en la

habitación y se quitó la bota donde guardaba su dinero. Exhibió el fajo de billetes mientras decía.

—Le doy diez dólares porque se deje pelar.

—¡Y un cuerno! —Respondió Mike acariciándose la barba—. Me costó muchos años cultivarla regándola con mi sudor.

—Doce y que no se hable más del asunto.

—No.

Tony dio un suspiro.

—Está bien, usted gana, Mike… Se lleva los quince.

—¿Está dispuesto o pagar quince dólares por un montón de pelo?

—Desde luego, pero con la condición de que su de un lavado antes.

Mike titubeó unos instantes, pero por último dijo:

—Tiene usted en haber llegado cuando estoy en crisis por culpa de esos condenados zorros, que decidieron morirse antes de que yo les echase el guante —hinchó los pulmones de aire—. Trato hecho.

CAPÍTULO X

Max Colter miró al pelirrojo Halifax.

—¿Qué nuevas noticias me traes, Bing?

—Me he podido dar cuenta de que entre los rancheros ha cundido el desaliento. —Halifax sonrió—. Al se habían acostumbrado a la idea de que Tony Lead podía hacer algo por ellos.

—Estuvo bien eso de que te lo cargases ayer.

—A propósito de ello, Max, yo… quiero decir los muchachos, esperaban alguna prima extra por el trabajo.

—Eres un viejo lobo, Halifax, pero confieso que el asunto merece un premio. Justamente hace un rato hablé con el viejo Nelson y me ha dicho que os entregue una bolsa de su parte.

Los ojos de Halifax brillaron codiciosos mientras Max tiraba de un cajón del cual retrajo una bolsa que dejo caer sobre la mesa produciendo un tintineo metálico.

—Son doscientos machacantes —explicó Max—. Y tú vas los vas a repartir como quieras.

—Bueno, me quedaré con cien y la otra mitad será para los chicos.

Max arrugó el ceño.

—¿No te parece un reparto demasiado interesado?

—Ahora tengo que pensar en la mujer y en los hijos.

—No sabía que estuvieses casado.

—Y no lo estoy, Max, pero me casaré muy pronto.

—¿Sí? ¿Y quién es la afortunada criatura?

—Mauren Wilson.

—¿No me digas? ¿Esa chica que se llegó aquí para insultar al patrón?

—Sí, Max. La misma.

Max recorrido con la mirada a su interlocutor. Halifax era feo como un demonio y recordaba que Mauren resultaba muy agraciada.

—¿Cómo la has enamorado, Bing? ¿Le hiciste algún encantamiento?

—La chica asegura que no está por mis huesos, pero yo la domare.

Max rompió a reír.

—Eso está bien, y cuando haya ocurrido anúnciamelo y gustosamente seré vuestro padrino de boda.

—Gracias, Max, y dalo por seguro. —Halifax tomó la bolsa y dio media vuelta dirigiéndose hacia la puerta, pero de pronto se detuvo —. A propósito, Max; esta mañana llegó un tipo al pueblo y se armó bastante jaleo.

—¿Otro muchacho como Tony Lead?

Halifax soltó una risotada.

—¡Ésa sí que es buena! —hizo una pausa mojándose los labios —. Se trata de Joe Turner, un tipo de setenta o setenta y cinco años que era de por aquí y que se largó hace veinte años a recorrer el mundo… Oí decir que era muy amigo de Burt Rice y de Eneas.

—¿De Eneas…?

—Fueron los tres tipos que primero llegaron a Weend Valley y parece que hicieron buena amistad.

—¡Estúpido! —exclamó Max levantándose de la silla—. ¿Cómo no me lo has dicho antes?

Halifax hizo un gesto de perplejidad.

—No te comprendo.

—Tú no comprendes nada. Sólo sabes apretar el gatillo.

—¿Qué es lo que he hecho yo, Max?

Colter se acarició el mentón.

—Ese viejo puede ser un peligra para nosotros.

Yo lo vi de lejos y no le preste mucha atención, pero puedo asegurarte que si se arma un poco de viento el tipo saldrá volando por el aire… ¿No te lo he dicho? Debe tener lo menos setenta y cinco años, Lleva un pistolón a la cadera, pero seguro que no lo ha utilizado desde que Buffalo Bill estiró la pata, y ya hace más de quince años de eso.

—¿Cómo fue acogido en el poblado?

—Todos estaban arremolinados a su alrededor escuchándolo. Ese Joe Turner les contaba sus aventuras por Wyoming y California. A ellos les resultaría divertido, pero a mí me aburrió y me largué del salón.

—¿Como es el fulano?

Seguramente hizo alguna promesa porque lleva unas barbas y una pelambrera que parece Matusalén.

De pronto llamaron y la puerta y cuando Max autorizo la entrada, apareció mi peón de cabello rubio anunciando:

—Acaba de llegar Luke conduciendo a un tipo.

—¿No os he dicho que no quiero ver a nadie aquí?

—Se trata de un anciano a juzgar por su aspecto, debe estar por los ochenta años.

Max arrugo el ceño.

—¿Cómo ha dicho que se llama?

—Joe Turner.

Hubo una pausa mientras Max Colter y Halifax se miraban. Finalmente el primero volvió a depositar los ojos en el hombre que estaba junto a la puerta.

—¿Qué quiere Joe Turner?

—Dice que acaba de llegar al pueblo, que es un amigo de Eneas Nelson y que ha venido para echar una parrafada con él.

Halifax dijo:

—No te preocupes, Max. Yo me encargo de devolverlo al poblado. Le diré que Eneas Nelson no quiere verle y que a partir de ahora será mejor que se mantenga alejado de estos Lugares —echó a andar hacia la puerta.

—Espera, Bing —dijo Max.

—¿Quieres que me lo cargue? —preguntó Halifax.

Max paseó de un lado a otro de la estancia, Pensaba que ya había impedido unas cuantas veces que Burt Rice viera a Nelson. Si ahora hacía lo mismo con Joe Turner cabía la posibilidad de que alguien del pueblo sacase consecuencias por su cuenta Después de todo, según le acababa de informal Halifax, Joe Turner hacia veinte años que se había marchado. El disfraz de Beed Dudley era bueno y si existía alguna diferencia entre él y el difunto Eneas Nelson, el hecho de que hubiesen transcurrido dos décadas desde que Turner

abandonó Weed Valley, la paliaba.

—Está bien. Halifax. Conduce a Joe Turner a este despacho y entretenlo un poco mientras yo voy a preparar la visita a Eneas Nelson.

—El viejo se va a poner furioso. Ya sabes que no quiere ver a nadie.

—Es cuenta mía —dijo Max y sonrió mientras cruzaba el vestíbulo hacía las habitaciones de Eneas Nelson. Había hecho muy bien en no comunicar ni siquiera a Halifax cuál era su secreto.

Llamó a la puerta que Dudley tenía cerrada con llave.

—¿Puede abrir, señor Nelson? —dijo.

Beed le abrió y Max pasó dentro.

Dudley se había puesto precipitadamente la barba, la cual le caía torcida sobre el pecho.

—Arréglate eso, estúpido —dijo Max.

—¿Qué es lo que pasa?

—Vas a recibir una visita.

—¿Otra comisión de rancheros?

—No, se trata de un viejo amigo tuyo, Joe Turner.

—¿Joe Turner? No conozco a nadie que se llame así.

—Eres un perfecto imbécil, Dudley. Joe Turner era un gran amigo de Eneas Nelson. Falta de Weend Valley desde hace veinte años. Estará cinco minutos contigo y yo asistiré a la entrevista. Alegarás que te encuentras muy mal de salud.

—Pero ¿qué esperas conseguir con eso?

—Si Turner se largase sin verte, las cosas se pondrían mal para nosotros. Quiero que te eche una, ojeada y luego se irá tranquilo. Ya te he dicho que será cuestión de muy pocos minutos. Tú limítate a mover la cabeza y a contestar con pocas palabras.

Dudley fue rápidamente hacia el espejo y se puso la peluca dando unos toques a su barba. Luego tomó el bastón que se apoyaba en la pared y, moviéndose rápidamente, se dejó caer el sillón.

—¿Cómo está señor Turner? —dijo Voy a por él—. ¿Cómo está señor Turner? —dijo Max y salió de la estancia, yendo hacia el despacho donde se encontraba Halifax en compañía de aquel anciano de larga barba y cabellos blancos. Se dejó caer en el sillón.

—¿Cómo está señor Turner? —dijo tendiéndole la mano con una sonrisa—. ¿Cómo está señor Turner? —dijo. Mi nombre es Max

Colter y soy el capataz de Eneas Nelson.

Tony Lead. En su papel de Joe Turner, ofrecía un aspecto tan estrafalario como Burt Rice O Mike Fox. Se encorvaba mucho y apoyaba en un bastón. Había perfeccionado su disfraz bañando su rostro con una mezcla de resina y barro que le daba el aspecto justo de un viejo de la edad que se atribuía.

—De modo que es usted Max Colter —dijo con voz carrasposa—. Apenas he llegado y ya he oído hablar mutilas cosas de usted.

—Eso es siempre agradable.

—Las madres de Weend Valley citan su nombre a los niños para que duerman pronto de noche.

Max Colter rompió a reír.

Tiene usted gracia, señor Turner.

—¿Puedo ver al carcamal de Eneas?

Desde luego, señor Turner. Sígame.

Entraron en la habitación en que encontraba Dudley sentado en el sillón.

—¡Infiernos, Eneas! —exclamó Tony—. ¿Qué te pasa que no sales a mi encuentro?

Dudley se aclaró la garganta, los ojos fijos en su visitante.

—Lo siento Joe, pero la gota no me deja mover.

Tony soltó una risotada.

—Te aseguré una vez que tú serías el primero de los dos que se iría al otro mundo.

Dudley dio un respingo en el sillón.

—¿Eso dijiste…?

—¿Es que no recuerdas nuestras peleas? Infiernos me parece que fue ayer cuando estuve a punto de rebanarte el cuello porque pretendiste quitarme a aquella mexicana.

—Bueno, es agua pasada —dijo Dudley.

Tony entrecerró los ojos. Acababa de inventar aquella historia acerca de la mexicana.

Max Colter carraspeó por detrás.

—Siento aguarle la fiesta, señor Turner, pero usted ya se hará cargo. Mi patrón necesita descansar. No es cosa mía sino del doctor Kay, que se encarga de cuidar a nuestro enfermo.

Dudley apoyo las palabras de Colter con un súbito ataque de tos.

—Perdona, Joe —dijo—, pero es lo que tú dices; dentro de nada

iniciare el último viaje.
—Si, apostaría a que si —convino Tony con voz lúgubre.
Dudley sintió un nuevo escalofrío por la espalda. Aquel condenado viejo parecía un buitre de mal agüero.
—Celebro verte de nuevo, Joe, y lamento mucho no poder ir contigo a los mismos lugares dónde íbamos antes.
—¿Que se le va a hacer? —dijo Tony—. A propósito, Eneas.
—¿Sí?
—No sé sí lo recordarás, pero prometí comprarte el ataúd.
—¿Cómo? —chilló Dudley casi saltando del sillón.
—Fue una apuesta que me ganaste y ahora, puesto que ya estás en las últimas, quiero recordártelo para que sepas que yo siempre cumplo mi palabra.
—Eres muy amable, Joe —dijo Dudley con un hililllo de voz.
—Bueno, ahorraré dinero porque pesas menos que antes, y hasta estás más encogido… En fin, que eres un asco de tipo…
Dudley se iba enterrando en el sillón con la cara descompuesta. Hasta había huido el color de su piel.
Tony Lead bajó la mirada al suelo y con las dos manos apoyadas en el bastón murmuró:
—Acógelo Señor en tu seno, porque fue bueno.
—¡No! —gritó Dudley—. ¡Todavía no!
Ahora ya había hablado con su verdadera voz, pero Tony no dio sensación de haberlo escuchado porque continuó unos segundos más con los ojos bajos.
Max Colter dijo con voz cargada de ira:
—Ha Logrado descomponer al señor Nelson, Turner.
—Lo siento —dijo Tony—. Ya me voy. Adiós. Eneas.
—Hasta la vista, buitre… Digo, Joe.
Lead giró sobre sus talones y se encaminó hacia la puerta, que ya había sido abierta por Max Colter. Pero antes de salir se volvió otra vez para mirar al supuesto Eneas Nelson que continuaba hundido en el sillón.
—La caja tendrá que ser de pino. Se acabaron las de haya.
Luego, sin esperar una respuesta, salió de la estancia.
Max Colter se enfrentó con él fuera.
—Es usted un hombre muy alegre, señor Turner.
—Me gusta hacer pasar un buen rato a la gente.

Colter entrecerró los ojos preguntándose si aquel hombre hablaba en serio o en broma.

—¿Va a estar mucho tiempo por aquí, Turner?

—Quizás dos o tres días, el tiempo suficiente para ver a los amigos.

Max celebró aquella decisión. Turner era un anciano de setenta u ochenta años, pero le gustaba más la idea de verlo lejos de Weend Valley.

—Perdone que no le acompañe, Turner —dijo cambiando un apretón con él.

—No se preocupe, conozco el camino.

Max lo vio cruzar el vestíbulo y salir por la puerta y al poco rato oyó el ruido de un caballo que se alejaba de la casa.

Entonces entró otra vez en la habitación donde se encontraba Dudley, el cual estaba en el sillón con las piernas despatarradas.

—Me estoy muriendo, Max Un médico…

—¿Qué te pasa?

La cabeza, el hígado, la barriga…

Colter se adelantó hacía él y tomándolo por la solapa lo levantó de un tirón, y Con la otra mano le abofeteo dos veces en la mejilla.

—¿Quieres volver a la realidad, estúpido?

Dudley gimió.

—¿Qué te pasa, Max? ¿Por qué me pegas?

No tienes nada, Ese Turner te ha llegado a sugestionar hablándote de la muerte.

Dudley parpadeó asombrado.

¿Tú crees, Max…?

Max lo empujó contra la pared.

—Anda, muévete y recuerda que eres un hombre de treinta años.

Dudley dio unos pasos por la estancia y de pronto se detuvo sonriendo.

—Infiernos, es cierto… No tengo nada… No soy un tipo enfermo… Tienes razón, Max, ese Turner casi llego a hipnotizarme. Si está un minuto más en mi presencia seguro que me hubiese muerto de verdad… Por la que más quieras, no lo vuelvas a dejar entrar aquí.

—No te preocupes; Joe Turner sólo estará, en Weend Valley por

espacio de tres cuatro días y luego se marchará con la música a otra parte.

Dudley lanzó un suspiro de alivio.

—Menos mal.

Mac Colter se frotó las manos sonriendo.

—Joe Turner no será ninguna dificultad. Sólo lo era Tony Lead y ahora está muerto.

—Eres un tipo de suerte, Max. Todo te sale bien.

—No es cuestión de suerte, si no de utilizar la inteligencia.

De pronto se interrumpió notándose algo en las manos. Se miró las palmas y las vio manchadas de una sustancia rojiza.

—¿Qué es esto? —Como si se preguntase a sí mismo y luego alzó los ojos—. ¿Tienes la camisa sucia, Dudley?

Beed se miró el cuello donde él lo había agarrado y observó también algunas manchas.

—Sí, pero yo la tenía limpia hace un momento. Eran tus manos las que estaban manchadas.

Max se acercó a su cómplice examinándole la camisa. Sus ojos se convirtieron en grietas y se observó otra vez las manos.

—¡Maldito sea! —exclamó de pronto.

—¿Qué te pasa, Max?

—¡Ahora lo comprendo…! Ese Joe Turner… Le estreché la mano y fue él quien me contaminó…

—Bueno, seguramente no se lavó esta mañana.

—¿Es que no te das cuenta todavía idiota? Ese barrillo que tienes en la camisa y el que yo tengo en las manos corresponde al color de su piel.

—Todavía no sé lo que quieres decir.

—¡Que tenía untadas la cara y las manos! Con otras palabras, sus arrugas eran artificiales. El tipo se las fabricó.

—¿Sugieres que él también se disfrazó?

—Si, Dudley, es eso.

—Pero ¿por qué iba a hacer una cosa así?

—Está tan claro como el agua. Porque él no creyó que tú fueses Eneas Nelson y se llegó aquí haciendo el papel de Joe Turner para destapar la cacerola.

—¡Santo cielo! Suponiendo que estés en lo cierto, ¿quién es ese tipo?

—Sólo hay un fulano a quien yo podría temer.

—¿Eddie Pulver…?

—Eddie Púber es un desgraciado. Me estoy refiriendo a Lead.

—Pero Tony Lead murió ayer, tú me lo dijiste. Halifax y sus hombres lo balearon…

—Eso es lo que dice Halifax, pero ahora que vuelvo a pensar en ello. Tony Lead desapareció en el torrente que baja de las montañas… Pudo ser una trampa, y ese cretino de Halifax cayó en ella. Claro que sí. ¿No te fijaste en los ojos de nuestro visitante? Eran negros… ¡Y Tony Lead tenía los ojos negros!

—No me fijé. Estaba demasiado asustado.

—Yo también observé sus dientes, Dudley, y blancos y bien alineados. ¿Cómo iba a tener esa dentadura u hombre como Joe Turner? Justamente eran como los dientes de Tony Lead…

—¡Por todos los infiernos, Max, tienes razón! Ahora me doy cuenta de una cosa. Cuando Tony Lead vino aquí tenía una marca en la bota, una especie de raspadura… ¡Y ese Joe Turner tenía la marca en el mismo lugar!

Hubo un silencio y luego Max movió la cabeza de arriba abajo.

—No hay duda, Dudley. El hombre que acaba de salir de aquí es Tony Lead.

—Larguémonos cuanto antes, Max.

—Cada día eres más imbécil. Es cierto que ese Tony Lead ha demostrado ser muy listo y que desde hace unos momentos él estaba al corriente de nuestro asunto, pero eso no quiere decir que estemos perdidos.

—Pero ahora Tony Lead dirá a todo el mundo que yo no soy Eneas Nelson y que, por tanto, tú debiste matar al viejo sustituyéndolo por un amigo tuyo.

—No creo que se vaya de rancho en rancho comunicándolo. Tony debe tener un cómplice, que será quien se encargará de reunir a todos los rancheros en algún sitio para darles la noticia. Y ya puedes estar seguro de que esa asamblea no se celebrará antes de la noche.

—Todo eso me parece razonable, pero ¿qué vas a hacer tú para contrarrestar a Tony Lead?

Max Colter dejó transcurrir unos segundos.

—Algo muy sencillo, Beed. Mataremos definitivamente a Tony

Lead antes de que pueda presentarse ante los rancheros y de esa forma su cómplice, pasará por un embustero.

CAPÍTULO XI

Mauren apilaba el heno en el establo con una horca cuando sintió pasos a su espalda y al volverse vio a un hombre de larga barba que le estaba observando.

—Buenas noches, muchacha —dijo Tony Lead bajo su disfraz—. Pasaba por aquí y me acerqué para pedirle un vaso de agua. Tú debes ser esa Mauren Wilson de la que oí hablar en el pueblo…

—Sí, abuelo, y usted debe ser Joe Turner —sonrió la joven.

—Parece que ha corrido la noticia de mi llegada.

—Fui al almacén esta mañana y allí me lo contaron. Usted ha sido siempre un personaje de leyenda en Weend Valley, y me alegra mucho conocerlo.

—Yo también celebro poder echarte una ojeada —dijo Tony y la midió de la cabeza a los pies.

—Venga al pozo conmigo y le sacaré agua.

Salieron del establo y caminaron hacia el pozo.

Mauren trabajo con la cuerda y poco después sacó el cubo. Alcanzó un cazo y lo llenó de agua alargándoselo a Tony quien bebió parsimoniosamente.

Antes dijiste que yo era un personaje de leyenda, Mauren, pero al parecer ha surgido otro durante los últimos días. Me han hablado de un muchacho llamado Tony Lead, que hizo unas cuantas cosas buenas por aquí…

La joven se mordió el labio inferior bajando la mirada al suelo.

—Ha muerto.

—¿Lo sientes?

—Era un hombre muy simpático.

—Parece como si hubieses sentido por él algo más que simpatía.

Mauren titubeó unos instantes y por último hizo un gesto

afirmativo.

—¿Lo querías muchacha? —preguntó Tony, oyendo el golpeteo de su corazón dentro del pecho.

—Creo que había empezado a enamorarme de él.

Tony sintió deseos de quitarse la barba de un manotazo, pero se contuvo.

—Bueno, Mauren, después de todo, quizá él no murió.

—Lo llenaron de plomo, abuelo.

—¿Viste su cadáver?

—No. Se lo llevó el rió. Justamente fue a caer por un lugar donde las aguas corren por los rabiones. El cuerpo de Tony Lead debe estar muy lejos de Weend Valley.

De pronto apareció un perro por una parte de la casa y avanzó corriendo, ladrando mucho.

—Cállate, «Dick» —ordenó Mauren.

Pero el can no detuvo su carrera se abalanzó sobre Tony, quien perdió el equilibrio y cayó hacia atrás.

—¡«Dick»! —gritó Mauren—. ¡Estate quieto!

El perro obedeció ahora y se apartó unas yardas sin dejar de ladrar.

La joven corrió al lado del hombre que creía un anciano para ayudarle a levantarse.

—Perdón, señor Turner.

Tony empezó a alzarse, pero no se dio cuenta de que el perro, al saltarle encima, le había ladeado la barba dándole ahora un aspecto cómico.

—No tiene que preocuparse, Mauren —dijo sonriendo—. No tiene importancia…

La joven observó aquel detalle de la barba torcida y miró perpleja al hombre que tenía ante sí.

—¿Se encuentra bien, señor Turner? —preguntó.

—Desde luego, claro que sí.

¡Aquella voz! ¡Por todos los santos del cielo, llevaba dos noches oyéndola en su mente! ¡Era la voz de Tony Lead! Sintió una profunda alegría en su pecho, pero al instante ese sentimiento fue sustituido por otro de rencor, de modo que él se había llegado allí disfrazado para sonsacarla. ¡Ya lo arreglaría ella! Todo estaba claro; Tony no había muerto cuando cayó al rió.

—¿Quiere ayudarme, señor Turner?

—¿A que, muchacha?

—Me duelen las muñecas y tengo que sacar otro pozal de agua.

—Claro que sí, nena… Digo Mauren…

Mauren, muy sonriente, le señaló el pozo con la mano. Tony se adelantó, dejó caer el cubo al fondo y luego se puso a tirar de la cuerda.

Mauren se arremangó a espaldas de él e inspirando profundamente, se arrojó sobre el joven propinándole un gran empellón.

Tony lanzó un grito al dar contra el pretil del pozo, pasó por encima de éste y al ver que se caía por agujero, trató de agarrarse a lo primero que encontró, a la cuerda que acababa en el cubo.

—¡Maureeen! —gritó mientras caía hacia el fondo y su voz fue adquiriendo un extraño eco hasta que de pronto sonó un fuete chapoteo.

La joven se asomó por el pretil.

—Es usted muy descuidado, señor Lead. ¿Cómo ha ido a parar ahí?

Oyó un gorgoteo y luego la voz de Tony:

—¡Por todos los infiernos, muchacha! ¿Qué es lo que acabas de hacer?

—Nunca he consentido que nadie me tome el pelo.

—Tú me quieres… —gritó él desde abajo.

—Es la cosa más absurda que he oído en mi vida.

—Lo dijiste antes de descubrir que yo era Tony.

—Sólo dije que me era simpático.

—Y que estabas enamorada de mí.

—¡Eres un farsante!

—Yo adopte la personalidad de Tumor para desenmascarar a Eneas Nelson.

—¿Qué quieres decir?

—Eneas Nelson está muerto, debió morir hace mucho tiempo el que ocupa su lugar es un cómplice de Max Colter.

Mauren miró al fondo asombrada.

—¿Todo eso es cierto, Tony?

—Te lo puedo jurar por nuestros hijos.

—¿Que hijos?

—Los que vamos a tener. —Tony soltó un fuerte estornudo.

—¡Oh pobrecito mío! —gimió Mauren—. Vas a pescarte una pulmonía. ¿Por qué no subes por la escalera de hierro?

—No llego.

—Tienes razón, el agua bajó de nivel.

—Anda, llama a alguien para que me saque de aquí. Yo me colgaré del pozal.

—El señor Wilson, mi padre adoptivo, se fue al poblado y sus tres peones están con el ganado a cinco millas de la casa. Pero no te preocupes, Tony, tengo fuerzas Yo le sacaré anda, aférrate de la cuerda.

—Muy bien, chica. Adelante.

Mauren alcanzó la cuerda y empezó a tirar de ella alejándose del pozo.

—Eres un encanto de criatura —oyó decir a Tony.

Pero justamente en ese instante ella tropezó con una piedra que había detrás y al caer soltó la cuerda.

Tony había empezado a decir «te quiero», pero la última palabra adquirió aquel extraño eco hasta que chocó otra vez contra el agua.

Mauren se puso en pie haciendo un mohín de contrariedad.

—¡Oh, Tony, cuánto lo siento…!

—Voy a aborrecer el agua —le oyó decir.

Mauren atrapó la cuerda y lo intentó por segunda vez.

De pronto oyó una cabalgada y al volver la cabeza vio aparecer un grupo de jinetes en la colina cercana. Eran lo menos diez y al frente de ellos iba Bing Halifax.

Dejó libre la cuerda y Tony se fue hacia abajo, hundiéndose una vez, más en el agua.

Ella acudió al pretil anunciando:

—Estate quieto, ahí, Tony. Se acercan los hombres de Max Colter.

—Creo que me tragué una rana.

—¡Calla!

La joven echó hacía atrás un bucle del cabello y caminó rápidamente hacia el establo en dónde entró tomando la horca.

Halifax y sus hombres se detuvieron a la puerta. El pelirrojo, después de observar a Mauren en el interior del establo, saltó a tierra.

—Buenos días, nena.

Mauren apretó las manos sobre la empuñadura de la horca.

—¿Qué les pasa a ustedes? Esto es una propiedad privada. No tienen derecho a entrar aquí.

Halifax sonrió.

—Pareces olvidar algo muy importante, dulzura. Todas estas tierras pertenecen a Eneas Nelson y vosotros sólo sois unos arrendatarios.

Mauren se sintió poseída por una gran furia. Halifax tenía razón. Todos los habitantes de Weend Valley eran esclavos de Eneas Nelson o, mejor dicho, de Max Colter, como acababa de demostrar Tony.

—De acuerdo, señor Halifax, pero ¿cuál es el motivo de su visita?

—Estamos buscando a un anciano.

—Vaya. No sabía que ahora se dedicasen a matar a los viejos.

—Éste es un abuelo muy particular, Mauren… Y queríamos hablar un rato con él acerca de unos temas muy interesantes.

—No le entiendo una palabra, pero si le sirve de algo, aquí no ha llegado ningún anciano.

Justamente nos tropezamos en el camino con un hombre que aseguró haberlo visto. Se trata de Joe Turner, el tipo que llegó recientemente al valle.

—¿Qué tiene contra él, señor Halifax?

El pistolero se pasó la mano por la crecida barba.

—Si no lo has visto por aquí, es mejor que no perdamos más tiempo. Nos vamos —sus labios sonrieron—. Te veré muy pronto, preciosa.

De buena gana Mauren lo hubiese mandado al infierno, pero Tony estaba dentro del y aquellos hombres lo perseguían. Debía dejarlos marchar sin demora.

—Hasta la vivía, señor Halifax.

Bing montó otra vez en su potro y señaló hacia el este.

—Vamos allá. Muchachos.

El grupo se alejó rápidamente de la casa y entonces Mauren dejó otra vez la horca en el suelo y se acercó rápidamente al pozo.

De pronto vio aparecer a Tony por el pretil empapado hasta los huesos. Había perdido su peluca y la barba se le adhería al pecho.

—Logré trepar por la pared hasta dar con el primer peldaño de hierro —dijo con la respiración jadeante. Anda, échame una mano; estoy cansado.

Ella se le acercó y él la enlazó por la cintura y cuando pasó las piernas por encima del pretil la apretó contra sí besándola fuertemente en la boca.

—¡Oh, Tony! —dijo ella casi ahogándose—. Esos hombres te buscaban.

—Vamos el establo.

Una vez en el recinto, Tony la besó otra vez en los labios.

Tuvo que ser ella quien lo apartase.

—¿Quieres ser formal, Tony? Ya habrá tiempo para todo.

Tony sintió un agradable escalofrío pensando en el significado de aquella promesa.

—Oye, preciosa, quedé aquí citado con Burt Rice, de modo que no debe tardar en llegar.

—¿Que haréis después?

—Le contaré todo a Burt y él se encargará de convocar a rodos los rancheros a una reunión que se celebrará esta noche en el poblado. Yo estaré allí para darles a conocer la clase de juego que se lleva Max Colter.

—Ya te comprendo. Tú crees que entonces los ciudadanos se decidirán a enfrentarse al Colter.

—Si no lo hacen, seré capaz de escupirles a la cara.

De prurito se oyó ruido en la puerta, como si una bota hubiese pisado una pequeña rama.

Tony, sin titubear, se lanzó sobre Mauren, arrojándola al suelo. Ambos rodaron hasta que llegaron ante una pared. Luego, rápidamente, Tony sacó el revólver que la joven tenía en la funda.

—¿Qué te pasa, Tony? ¿Es que te has vuelto loco?

Tony le puso un dedo en los labios.

En el establo reinó un silencio.

Desde el lugar donde se encontraban podían ver a través de los tableros un trozo de la puerta y de pronto en el hueco de ésta apareció un hombre con un «colt» en la mano.

Tony sintió cómo la joven se estremecía.

Luego, a lo lejos, se oyó la voz de Halifax.

—¿Los tienes ya, Norman?

—No están aquí.

—¡Maldita sea! Los vimos entrar en ese establo.

Deben haberse escondido…

El llamado Norman penetró en el recinto llevando siempre el arma por delante.

Mauren estaba boca arriba mirando un agujero que había en el techo por el que se introducía el heno en la planta superior cuando era traído de la pradera.

De pronto vio aparecer una cara barbuda.

—¡Cuidado, Tony! —gritó.

El tipo asomaba con el revólver por el agujero, listo para disparar.

Tony dio una vuelta sobre sí mismo e hizo fuego casi sin detenerse.

La bala penetró por las fosas nasales del fulano y desapareció del agujero. Luego se oyó el ruido que producía al golpear contra la tierra.

Tony no se estuvo quieto, ya que el estampido sirvió para que Norman apretase el gatillo dos veces desde la otra parte.

Las balas silbaron mordiendo en la madera.

Tony hizo fuego por segunda vez y el llamado Norman recibió el impacto en el pecho y se derrumbó hecho un ovillo.

—Necesitamos otra arma —dijo Tony y poniéndole el «Colt» a Mauren en la mano corrió a gatas hasta donde estaba el cadáver de Norman y le despojó de sus dos revólveres.

Tres balas penetraron por el hueco de la puerta en busca de su cuerpo, pero Tony había empezado a rodar y los proyectiles lo persiguieron mordiendo en la hierba y en la paja.

Finalmente pudo llegar sano y salvo al lado de Mauren.

—Eh, Lead —oyeron a Halifax—, ¿estás ahí?

Tony no contestó.

—Escúcheme —gritó otra vez Halifax—. Le voy a dar un minuto para que salga Sólo queremos acompañarle hasta los límites de Weend Valley y luego le desearemos un buen viaje… ¿Lo entiende? Un solo minuto. Empiezo a contar desde ahora.

CAPÍTULO XII

Mauren tomó la mano de Tony y la apretó suavemente.

—Debes hacerle caso, Tony.

—¿Crees sinceramente que me van a acompañar hasta la salida del valle y me van a dar recuerdos para mi abuelita?

La joven vaciló unos instantes y por último dijo:

—Tienes razón. Te matarán sin remedio.

—Es lo que pienso yo, Vamos, levántate.

—¿Qué quieres hacer?

—Vamos a escapar por el hueco.

—¿Y si hay otro tipo ahí arriba esperando?

—Yo me ocuparé de él.

Tony subió por una escalera que estaba bien resguardada, y una vez en la parte superior, pegado la pared se acercó al ventanuco.

Adoptando muchas precauciones, pudo ver que en el escenario que se ofrecía a sus ojos no había nadie.

Mauren había ascendido tras él.

—Primero saldré yo —dijo Tony. Pero tú no has de entretenerte mucho.

—Sí, Tony.

Lead salió por el agujero y de pronto sonó un disparo de rifle y la bala aulló muy cerca de su cabeza.

Rodó por el tejado al tiempo que gritaba:

—¡Quédate ahí, Mauren!

Otras dos balas le siguieron ávidas de su carne, más pudo llegar a la otra parte del tejado y allí se detuvo tendido de bruces. Para aquel entonces sabía perfectamente que le habían disparado desde una encina situada a unas diez yardas de la casa, Ahora pudo ver perfectamente que el tipo salía de detrás del tronco listo para

apretar otra vez el gatillo. Pero Tony disparó antes y el forajido lanzó un grito soltando el amia y se desplomó en tierra, donde quedó inmóvil.

De pronto Tony oyó un chillido que le paralizó los miembros.

Era Mauren.

—¡Suélteme, Halifax! —oyó exclamar a la muchacha.

Tony recobró al fin el movimiento y poniéndose en pie corrió de nuevo hacia la ventana, pero de pronto sonó otro disparo y justo en ese instante su pie tropezó contra una de las tejas y perdió el equilibrio cayendo sobre el techo. Su cuerpo cobró un terrible impulso, y rodó hacia el borde.

Como tenía la diestra ocupada con el revólver trató de sujetarse al filo con la mano izquierda, pero no lo consiguió y se precipitó al vacío. Por fortuna para él, abajo había un montón de paja que debía estar allí para ser introducida en el establo y eso amortiguó mucho el golpe.

Se puso de rodillas viendo a dos hombres que corrían hacía aquel lado empuñando las armas.

Les dio la bienvenida apretando dos veces el gatillo y los tipos se abatieron sin soltar un solo gemido.

Luego Tony corrió para dar la vuelta al establo, pero al llegar a la esquina tuvo que detenerse porque las halas picotearon contra el rincón.

Respiro profundamente mientras oía otra vez la voz de Mauren.

—No van a conseguir matarle, Halifax. Ya se lo advertí una vez.

Halifax lanzó una risotada.

—Tu héroe no saldrá de aquí vivo, nena. Te lo digo yo.

Tony se dio cuenta de que la entrada del establo era defendida por dos hombres que estaban situados cerca de la empalizada que rodeaba la casa.

Retrocedió hasta el montón de paja donde había caído desde el techo y luego se alejó en línea recta hacia la verja. Cuando creyó que podía ser visto se arrojó al suelo.

Otra vez hicieron fuego contra él, pero siguió dando vueltas hasta caer en el interior de una pequeña zanja por donde corría un hililllo de agua. Permaneció unos instantes inmóvil para llevar al ánimo de los forajidos la idea que había sido tocado y luego se desplazó despacio yendo hacia la parte frontal de la casa.

Súbitamente apareció un tipo a menos de cinco yardas de él. Tenía un rifle en la mano e iba a hacer uso de él.

Tony, sin levantarse del suelo, le clavó dos plomos en la barriga.

El fulano abrió unos ojos como platos y se derrumbó pesadamente en el barro.

Tony continúo su avance pasando junto al cadáver.

Diez yardas más allá, se detuvo extrañándose de no haber encontrado al otro tipo que estaba de centinela. Empezó a ponerse en pie cuando de pronto oyó un ruido sobre su cabeza. Saltó a un lado cambiando de lugar y eso le salvó de una muerte cierta porque allá arriba a unas tres yardas, en la rama de una higuera vio al tipo que buscaba. Había logrado disparar una vez su rifle sin dar en el blanco y Tony no le concedió una nueva oportunidad, ya que hizo fuego con su revólver.

El fulano cayó desde la rama como una breva madura.

Tony se aproximó a la victima para cerciorarse de que era un tipo de cuidado, y no ese fantoche de Bing; lo de ahora resultaba fácil comparado con el trabajo que le restaba por hacer. Halifax tenía en su poder a Mauren y ambos estaban en el establo.

Devolvió el revólver a su funda y sacó el otro. Luego echó a correr en zigzag hacia el establo y cuando estaba frente a la puerta se lanzó al aire, penetrando en el hueco como una exhalación.

Dio vueltas por el heno y por la paja. Se dio impulso para no detenerse, pero conforme avanzaba, sus ojos escudriñaban todos los rincones esperando ver en algún lugar a Halifax y Mauren.

Finalmente llegó al fondo sin que hubiese descubierto a ninguna persona. Se detuvo contra la pared bajo el techado de la planta superior, pensando en que tenían que estar arriba.

Tony oyó otra vez el grito de Mauren y no procedía del interior del establo, sino de fuera.

Se puso en pie rápidamente y corrió hacia la puerta, por la que salió.

Se detuvo de pronto viendo cabalgar a tres jinetes.

El primero de ellos era Halifax y sobre sus piernas llevaba a Mauren.

Se mordió con fuerza el labio inferior hasta sentir el sabor de la sangre y avanzó hacia la empalizada donde había dejado su caballo.

Max Colter estaba sentado tras la mesa cuando la puerta se abrió

de golpe y en la estancia penetró Mauren dando traspiés porque alguien la había empujado desde fuera. Éste no era otro que Halifax, el cual se introdujo tras la joven.

Max se puso en pie.

—¿Qué es lo que pasa, Bing?

—Tú tenías razón Max. Joe Turne es Tony Lead.

—Muy bien. ¿Lo has matado ya?

—No.

—¿Qué dices?

—Fue él quien se cargó a un montón de los nuestros.

—¡Maldito sea! ¿Cómo consentiste eso?

—Tenías que haber visto a ese muchacho Dispara como nadie y a cada tiro hace un blanco.

—No me interesan esas historias. Tú tenías a doce hombres bajo tus órdenes —señaló a la joven—. Y en lugar de traerme al prisionero me traes a la muchacha.

—Ése es el detalle, Max.

—Yo sé por qué lo has hecho, porque la quieres; pero cuando se trata de negocios has que dejar a un lado a las mujeres.

—Te equivocas a medias. Max.

—No te entiendo.

—Es muy fácil. Admito que quiero a esta mujer para mí, pero también me he dado cuenta de que Tony Lead está por sus huesos. —Halifax hizo una pausa—. ¿Lo comprendes ahora? Tony Lead vendrá a rescatarla y entonces nosotros, tranquilamente, le daremos su ración de plomo.

—Hubiera preferido que en asunto estuviese ya liquidado.

—Ya te he dicho que las cosas se pusieron feas, pero ahora tenemos todos los triunfos en la mano.

Hubo un silencio en la estancia y entonces Halifax dijo: Eneas Nelson quedará satisfecho, Max. No os he fallado nunca y no voy a hacerlo ahora.

Mauren hablo por primera vez desde que fue introducida en el despacho.

—Eres un ingenuo, Halifax. Max Colter se ha estado riendo de ti. Eneas Nelson fue muerto hace mu tiempo. El hombre ene lo sustituye es un cómplice de Max Colter, y por lo tanto, Max está haciendo su gran negocio porque apuesto que a vosotros os está

pagando con centavos.

Max Colter echo mano al revólver, pero Halifax desenfundó mucho más rápido que él y lo apuntó con el cañón.

—¡Cuidado, Max!

Los ojos de Colter brillaron iracundos.

—Iba a hacerla callar.

—¿Con un tiro?

—Sí, con un plomo.

—Ya te he dicho que la quiero para mí.

—Acaba de calumniarme y eso no se lo consiento a nadie.

Halifax permaneció un rato pensativo sin apartar los ojos del rostro de Max.

—¿De dónde has sacado esa historia, Mauren? —preguntó.

Mauren había provocado intencionadamente aquella situación, presumiendo que a Halifax le sentaría muy mal saber que Max Colter había desarrollado su plan sin contar con él.

—Fue Tony Lead quien lo descubrió. Por eso se llegó aquí haciéndose pasar por Joe Turner.

—Ahora lo comprendo. Claro que sí. Joe Turner era amigo de Eneas Nelson… No estuvo mal la cosa.

Max Colter chilló dando un paso hacia adelante.

—¿Es que vas a creer a ella, Bing?

—¿Tú qué harías en mi lugar?

—Eneas Nelson se va a enfurecer mucho si se entera de que has dudado de él.

—No dudo de él, Max, sino de ti.

—Esta chica te ha sorbido el seso. Estoy seguro de que, si ella te dijese que los burros vuelan, la creerías.

—No te vayas por las ramas, Max. Ahora se va haciendo la luz en mi cerebro. Tú has sido siempre un tipo sin coraje… ¿Por qué he sido tan estúpido? Nos conocimos en Abilene cuando tú me pagaste cien dólares por matar a aquel tipo que era tu socio. Tú eras un asesino, pero al propio tiempo eras un cobarde.

—Es mejor que cierres la boca, Halifax.

—Ahora ya estoy lanzado y no callare hasta llegar al final. —Halifax sonrió—. Tú viste que aquí podrías hacer un gran negocio y por eso montaste tu tinglado.

—¿Qué tinglado?

—Liquidaste a Eneas Nelson y pusiste a otro en su lugar.
—Acabas de decir que yo no soy capaz de matar a nadie.
—Con Nelson debió ser distinto porque él era un pobre viejo que no podía defenderse.
—¡Es falso!
—Fue luego cuando echaste meno de mí. Me escribiste a Abilene diciendo que me dejase caer por Weend Valley con una veintena de muchachos. Había un hombre llamado Eneas Nelson que estaba dispuesto a pagarnos bien.
—Te dije la verdad. Eneas Nelson estaba dispuesto a sacar rendimiento de estas tierras. ¿Por qué se las iba a dejar a los arrendatarios que apenas le pagaban una mísera cuota?
—No fue a Nelson a quien se le ocurrió esa idea, sino a ti, Max. Eres un ratón, pero confieso que nunca te ha faltado viveza.
Maren hablo otra vez.
—Tienes un medio para saberlo, Halifax. Que te presente a Eneas Nelson.
Colter hizo rechinar los dientes.
—Maldita sea, muchacha Cierra el pico.
Halifax rió otra vez.
—Creo que ella ha puesto el dedo en la llaga… ¿Por qué estamos aquí discutiendo los dos si puedes demostrarme que no estás mintiendo? Anda, Max, vamos a la habitación de Eneas.
—El doctor Kay llegó hace un momento y ha dicho que no se le moleste.
—¿Por qué?
—Eneas está muy grave.
—¡Qué casualidad! —Halifax se acarició el mentón con la mano libre—. ¿Sabes lo que pienso, Max? ¿Y si el doctor Kay está de acuerdo contigo…? Claro que sí. Tú necesitabas también al doctor para que fuera diciendo a esos palurdos qué Eneas Nelson estaba muy mal.
—Sigues fantaseando.
—Vamos a su habitación.
—Te he dicho que no le podemos molestar…
Halifax levantó el revólver apuntando al centro del pecho de Colter.
—No me pongas nervioso, Max, Si curvo un poco más el dedo te

aseguro que saldrá una posta por el agujero, y va a llevar muy mal camino.

La cara de Colter adquirió la dureza del granito.

—Está bien, Halifax, pero recuerda que te lo avisé.

—No te preocupes, Cargaré con la responsabilidad.

Mauren ocupó una silla y dijo:

—Yo les esperaré aquí mientras resuelven su asunto.

—No, nena —dijo Halifax sonriente—. Tú vienes con nosotros.

—¿Por qué? A mí me importa un rábano ese asunto.

—Vas a callar o te juro que te marco con la culata.

Colter comprendió que aquel bruto sería capaz de llevar a efecto su amenaza y otra vez se puso en pie.

—Sal tu primero, pequeña —ordeno Halifax—. Luego tú, Colter, y será mejor que recuerdes que te estoy apuntando.

—Muy pronto te arrepentirás de todo esto —dijo Max.

Entraron el vestíbulo deteniéndose ante, la habitación en que se encontraba el cómplice de Colter. Éste llamó suavemente ron los nudillos.

—¿Quién es? —preguntó la voz de Dudley.

—Queremos verle, patrón —dijo Max.

—Muy bien, esperad un momento.

Transcurrieron unos segundos y finalmente la puerta fue abierta.

Dudley, bajo su disfraz de Eneas Nelson, caminó hacia un sillón, donde se dejó caer.

—Maldita gota —exclamó—, me está consumiendo.

Mauren, Colter y Halifax entraron en la habitación y el último cerró la puerta.

Colter se apoyó en la pared y señaló a Dudley.

—Ahí lo tienes, Halifax. Anda, comprueba si es verdad o no lo que te digo.

—Ponte al otro lado de la habitación, Max, detrás de Eneas. Date prisa.

Colter soltó una maldición para sus adentros, pero finalmente se trasladó hacia el lugar donde le habían señalado.

Beed Dudley estaba perplejo.

—¿Qué es lo que pasa aquí?

Max se detuvo junto a una ventana diciendo:

—Bing Halifax piensa que usted no es Eneas Nelson.

—¡Por todos los demonios! —exclamó Beed Dudley muy en su papel—. Haré que te despellejen, Halifax. A Bing le impresionó tanto aquel grito que se detuvo unos instantes contemplando a Nelson con ojos entrecerrados.

Mauren habló desde la puerta.

—Anda, Halifax, acércate un poco más a él, observa su cara… ¿Tiene muchas arrugas?

—¡Eres una atrevida, muchacha! —gritó Dudley—. Y tú también vas a llevar tu merecido.

Pero ahora Halifax recobró su movimiento y empezó a andar hacia el sillón donde se encontraba Beed. Éste perdió su seguridad y se hundió en el asiento.

—¿Qué va a hacer, Halifax? —dijo y su voz sonó un poco temblorosa.

Bing alargo el brazo y cogiendo el cabello de Dudley dio un tirón arrancándole la peluca.

A pesar de que había sido advertido por Mauren y de que no podía pillar por sorpresa, quedose perplejo mirando la cara del hombre que había estado sustituyendo a Eneas Nelson y, de esa forma, no pudo estar atento a Max Colter, el cual desenfundó su revólver.

CAPÍTULO XIII

Halifax vio por el rabillo del ojo que Colter tenía ya el «Colt» en la mano y se volvió para hacer fuego.

Pero Max le había cobrado una ventaja decisiva e hizo un disparo.

La bala se incrustó en el pocho de Halifax y lo lanzó contra el sillón donde estulta sentado Dudley.

Max disparó otra vez y ahora la bala se enterró en el estómago de Bing.

Mauren lanzó un grito de horror.

Halifax abrió la mano con la que esgrimía el arma. Estaba herido de muerte, pero sus ojos seguían mirando la peluca que conservaba en su zurda.

—Entonces… era cierto…

—¡Sí, maldita sea, era cierto! —gritó Max Colter—. Pero no te va a servir de nada el saberlo.

Apretó el gatillo por tercera vez y el nuevo plomo se enterró en el cuerpo casi sin vida de Halifax, quien ahora se desplomó en tierra quedando de bruces.

Dudley gimió a punto de desmayarse.

Max Colter llego a su lado y le pegó en la boca con el dorso de la mano.

Era más de lo que Dudley podía resistir y se echó a llorar como un chiquillo.

Mauren permaneció inmóvil y su cara estaba blanca como la pared.

Max sonrió al cadáver de Halifax y luego levantó los ojos depositándolos en la figura de Mauren.

—Tú has tenido la culpa de todo, muchacha. Ha estado a punto

de matarme.

—Ojalá lo hubiese hecho.

—Eres muy sincera.

—Usted pagará todos los crímenes que ha cometido.

—No, pequeña. No voy a pagar nada. Yo coy más listo que todos vosotros. Hice mi negocio y ahora me voy a largar, y cuando me encuentre bien lejos, en una hermosa ciudad, me reiré mucho de Weend Valley y de todos sus habitantes a quienes he exprimido durante estos últimos años.

—Todavía tiene una oportunidad. Max Colter.

—¿A qué te refieres?

Devuelva el dinero a quien se lo quitó.

Max se echó a reír.

—El dinero es mío… Me pertenece. Y no daré a nadie un solo centavo —movió el revólver y por un instante el cañón apuntó a Dudley, quien se echó de rodillas en el suelo.

—¡No, Max, no me mates a mí! ¡Hemos sido compañeros! ¡Por lo que más quieras! ¡Te he hecho muchos favores!

Max le pegó un culatazo en la cara y Dudley rodo por el suelo.

Soto has sido un estúpido. ¿No la oíste a ella? Ahora sé porque Tony dedujo la verdad. Olvidaste las arrugas. Tu piel es como la de un hombre de treinta años.

Dudley alzó la cara en cuyo pómulo había aparecido una grieta por la que manaba mucha sangre.

—Lo siento, Max… De veras que lo siento… Siempre salió bien. Y no pensé que hubiese nadie que se fijase en ciertos detalles.

—Debería matarte, muchacho.

—No lo hagas, Max. Seré para ti como un criado, dime qué quieres que haga y lo haré sin vacilar ¡Pero no me mates!

En ese instante la puerta se abrió dando paso al doctor Kay, quien se detuvo asombrado al descubrir la presencia de Mauren Wilson. La joven también miró al médico.

—No se preocupe, doctor. Lo sé todo.

—¿Qué es lo que sabes?

—Usted ha tenido que estar en combinación con Max Colter para que él pudiese engañar durante años a todos los hombres de Weend Valley.

—Eres muy inteligente, pequeña.

—No fui yo sino Tony Lead quien los ha desenmascarado a todos.

—Ese condenado joven —el médico miró a Max—. Ya te dije que lo tenías que quitar del medio.

Mauren sonrió.

—Pero Tony Lead está vivo.

Max Colter sacudió la cabeza.

—Yo me largo, doctor Kay. Me llevaré a la muchacha de rehén y si alguien me sigue la mataré.

—No tengo que objetar nada a eso —dijo el doctor—. Sólo he venido a por los mil quinientos dólares que me debes por tus últimos seis meses de asistencia.

—Sí, Doctor. Usted ha sido una buena ayuda y merece cobrar.

—Gracias, Max.

Colter hizo fuego dos veces y el doctor recibió los dos impactos en el pecho y fue lanzado contra la puerta.

Mauren gritó, viendo horrorizada los agujeros que habían aparecido junto al corazón de Kay. Éste abrió la boca para decir algo, pero no tuvo fuerzas para hacerlo y doblando las piernas se venció hacia adelante golpeando la cabeza contra el suelo.

Fuera de la casa pareció estallar un polvorín, al oírse un terrible tiroteo.

Max Colter lanzó una carcajada.

—¡Toda la bolsa será mía! —exclamó.

En ese instante sonó un golpe contra la ventana y los cristales saltaron hechos añicos y un cuerpo penetró por el hueco rodando por el suelo.

Max Colter se revolvió con la pistola en la mano.

Tony Lead había logrado quedar inmóvil y disparó una, dos, tres veces sobre Colter.

El auténtico verdugo de Weend Valley se estremeció espasmódicamente al recibir las tres postas en su cuerpo, dio un traspiés tratando de cogerse al sillón que tenía más cerca, pero su esfuerzo no le valió de nada y cayó de rodillas en el piso.

El revólver le resbaló de los dedos.

Respiró entre jadeos y de sus labios escapó un hilillo de voz.

—Toda la bolsa…, Para mí.

Y luego rodó sin vida hasta quedar inmóvil junto al doctor Kay.

Dudley vio como Tony Lead se alzaba con el arma en la mano.

—No me mate, señor Lead, por lo que más quiera, no me mate… ¡Sólo soy un comparsa! Al principio creí que se trataba de un negocio legal. Fue lo que me dijo Max. Yo no sabía que Colter hubiese asesina a la persona a la que yo iba a sustituir. Pero luego no tuvo más remedio que contármelo todo. Hubiera querub huir, pero ya era demasiado tarde y él me amenazó con matarme.

—¿Cómo asesinó a Eneas?

—Lo estranguló mientras dormía.

—¿Dónde lo enterró?

Detrás de la casa, en el bosquecillo de álamos. Un día me señaló el lugar. Puedo llevarlo hasta allí.

En aquel instante el tiroteo de fuera cesó y Burt Rice apareció en la ventana.

—Eh, muchachos —dijo—, los supervivientes de Colter se están entregando… ¡Que me emplumen si éste no va a ser un gran día para Weend Valley!

Luego el viejo guiñó un ojo y desapareció por el hueco.

Tony Lead se dirigió al farsante.

—¿Cuál es tu nombre?

—Beed Dudley.

—Muy bien, Dudley. Le voy a decir la verdad. Estoy seguro de que usted sabía lo que Colter se traía entre manos y por lo tanto estaba al corriente de sus robos, de sus asesinatos y sus pillajes… Será sometido a juicio y será un juez el encargado de imponerle su castigo.

Dudley no dijo nada, inclinando la barbilla en el pecho.

—Vamos, salga dijo Tony.

El propio Dudley abrió la puerta y salió fuera justamente cuando entraba en la casa Eddie Pulver seguido de otros dos hombres.

—Bravo, señor Lead —exclamó Pulver—. Usted es todo un hombre.

Inmediatamente, Dudley, que parecía conformarse con su suerte, caminó al encuentro de aquellos hombres.

Tony volvió a entrar en la habitación y de pronto se dio cuenta de que la joven no estaba allí. Corrió hacia la ventana y saltó por el hueco.

La muchacha estaba a punto de subir a un caballo y él corrió a

su lado y la atrapó por un brazo.

—Eh, ¿adónde vas?

—A casa.

—¿Y te ibas a ir sin mí?

—Quería recibirte como le mereces. Ahora debo estar horrible, sucia y despeinada.

Tony sonrió y tirando el revólver al suelo la abarco por el talle atrayéndola contra sí.

—Tú has sido lo más limpio que he encontrado en este valle de los tramposos.

Luego Tony Lead besó con todas sus fuerzas a Mauren Wilson.

FIN